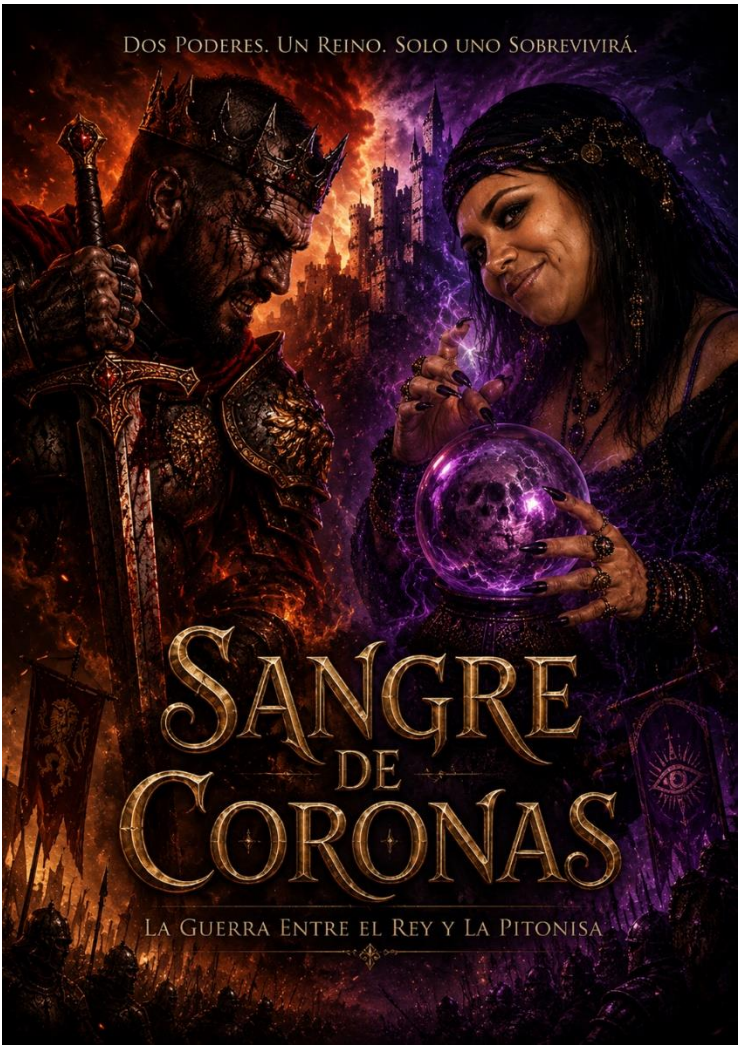
Dos Poderes. Un Reino. Solo uno Sobrevivirá.
Sangre de Coronas
La Guerra Entre el Rey y La Pitonisa

Prólogo

Muy lejos de las tierras ennegrecidas y corrompidas por el imperio de Valthorak, donde el sol aún se atrevía a brillar entre nieblas eternas y bosques susurrantes, se alzaba el reino de Elyndor, el Reino de las Sombras Veladas.

Allí, el poder no se medía solo por ejércitos, sino por el dominio absoluto del placer, la magia oscura y la seducción mortal.

Y en la cima de la Torre de las Mil Lunas, envuelta únicamente en un velo negro casi transparente que apenas ocultaba su cuerpo pecaminoso, estaba ella.

Vespera, la Pitonisa Suprema de Elyndor.

Su belleza era peligrosa, casi letal. Piel morena dorada que brillaba como miel caliente bajo la luz de las velas. Cabello negro como la medianoche cayendo en ondas salvajes y espesas hasta sus caderas generosas. Sus pechos eran grandes, pesados y firmes, con pezones oscuros y gruesos perforados con anillos de plata negra. Su cintura

era imposiblemente estrecha, sus caderas anchas y exuberantes, y su culo redondo, carnoso y perfectamente moldeado, que se balanceaba con cada movimiento lento y deliberado.

Entre sus muslos largos y tonificados, su coño estaba completamente depilado. Los labios mayores, gruesos y suaves, ya estaban hinchados por la excitación. Los labios internos, carnosos y de un rosa oscuro intenso, asomaban húmedos y relucientes, goteando hilos transparentes de sus jugos. Su clítoris prominente palpitaba visiblemente, hinchado y enrojecido.

Vespera estaba de pie frente a un enorme espejo de obsidiana pulida, completamente desnuda. Sus dedos largos y elegantes se movían con lentitud entre sus piernas, acariciando su vulva empapada mientras observaba una visión que flotaba en el aire frente a ella.

Un hombre.

Un gigante brutal de casi dos metros, pecho ancho y cubierto de vello negro áspero, músculos

densos y venosos marcados por innumerables cicatrices. Sus ojos eran de un gris acero frío y despiadado. Y entre sus muslos colgaba una polla monstruosa: gruesa como una muñeca, venosa, con un glande enorme y rojo oscuro que goteaba pre-eyaculación espeso y pegajoso.

Rey Valthorak.

Vespera soltó un gemido bajo y ronco cuando introdujo dos dedos en su coño caliente y apretado. Sus paredes internas se contrajeron con fuerza alrededor de ellos, succionándolos mientras la visión se volvía más nítida y explícita.

Lo vio follándola.

Lo vio agarrándola brutalmente por el cabello, metiéndole toda su enorme polla hasta el fondo de la garganta, follándole la cara sin piedad mientras lágrimas y saliva corrían por su rostro. Vio cómo la doblaba sobre un altar de obsidiana, separándole las nalgas y penetrándola analmente con un solo empujón salvaje, abriéndole el ano virgen hasta que gritaba de dolor y placer. Vio

cómo la montaba como un animal, embistiéndola con fuerza brutal, sus huevos pesados golpeando contra su clítoris hinchado mientras su vientre se hinchaba con cada embestida profunda.

—Joder… eres enorme… —gimió Vespera, añadiendo un tercer dedo, follando su coño con más fuerza. Sus jugos chorreaban abundantemente por sus muslos, goteando al suelo de mármol negro.

La visión cambió. Ahora Valthorak la tenía de rodillas, con la cara presionada contra el suelo, follándola por el culo con embestidas salvajes y rápidas. Su polla gruesa entraba y salía completamente, dejando su ano abierto y rojo, expulsando semen espeso con cada salida. Vespera se corrió con un grito ahogado, sus paredes vaginales contrayéndose violentamente alrededor de sus dedos mientras chorros potentes y claros salían disparados de su coño, salpicando el espejo y el suelo.

Aun temblando por el orgasmo, Vespera siguió masturbándose, introduciendo ahora cuatro

dedos, estirando su coño al límite mientras imaginaba esa polla monstruosa abriéndola por completo.

—Ven… —susurró con voz ronca y cargada de deseo—. Ven a Elyndor, Rey Lobo. Intenta conquistarme. Intenta romperme con esa polla gruesa que tienes entre las piernas.

Sonrió con malicia, sacando los dedos brillantes de su interior y lamiéndolos lentamente, saboreando su propio gusto dulce y salado.

Porque ella ya había visto fragmentos del futuro.

En algunos, Valthorak la follaba sin piedad durante días, llenándola de semen hasta que su vientre se hinchaba, convirtiéndola en su puta personal.

En otros… era ella quien lo dominaba, montando su enorme polla mientras él gruñía su nombre como un animal en celo, su magia envolviéndolo y obligándolo a suplicar.

Vespera se lamió los labios, todavía temblando de placer residual.

—Que comience la guerra, Lobo Devorador.

Porque cuando sus cuerpos se encontraran, no habría piedad.

Solo sangre, fuego, poder… y un sexo tan brutal, salvaje y sin límites que haría temblar los cimientos de ambos reinos.

Capítulo 1: El Nacimiento de la Pitonisa

En las tierras brumosas y eternamente envueltas en niebla de Elyndor, el Reino de las Sombras Veladas, nació Vespera en una noche de luna roja sangre.

Su madre, Sylvara, la Pitonisa Suprema de aquel entonces, era una mujer de belleza legendaria y poder temido. Durante un ritual de la más alta oscuridad, Sylvara se entregó completamente a una entidad ancestral a cambio de una hija que llevaría un poder sin igual. Nueve meses después, en medio de un templo lleno de velas negras y humo de inciensos alucinógenos, Vespera vio la luz por primera vez.

Desde el instante en que abrió los ojos, quedó claro que no era una niña común. Su piel era de un tono moreno dorado perfecto, como miel caliente iluminada por el fuego. Su cabello, incluso recién nacida, ya era negro como la medianoche más profunda, fino, sedoso y con un brillo sobrenatural.

A medida que crecía, su belleza se volvió casi peligrosa.

A los dieciséis años, Vespera era una diosa encarnada. Medía 1,75 metros de estatura, con un cuerpo que combinaba elegancia y pura tentación carnal. Su cabello negro azabache le llegaba hasta la mitad de la espalda, ondulado de forma natural, tan denso y brillante que parecía absorber la luz y devolverla con destellos azulados. Cuando lo llevaba suelto, caía como una cascada oscura sobre sus hombros y pechos, moviéndose con vida propia al caminar.

Sus ojos eran grandes, ligeramente rasgados y de un negro tan profundo que parecían dos abismos sin fondo. En su interior brillaba un fulgor púrpura sutil cuando usaba su poder o cuando se excitaba. Su mirada era hipnótica, capaz de hacer que hombres y mujeres se arrodillaran solo con observarlos fijamente.

Su nariz era fina y recta, aristocrática. Sus pómulos altos y marcados le daban un aire noble y salvaje al mismo tiempo. Sus labios eran

carnosos, gruesos y naturalmente rojos, con el inferior más lleno, perfectos para besar, morder o envolver una polla. Cuando sonreía con malicia, mostraba unos dientes blancos y perfectos.

Su cuello era largo y elegante, como el de una reina. Sus hombros suaves y redondeados bajaban hacia unos brazos delgados pero tonificados, terminando en manos delicadas de dedos largos y uñas siempre pintadas de negro profundo o rojo sangre.

Sus pechos eran magníficos: grandes, pesados y firmes, con una forma redonda y natural que desafiaba la gravedad. Eran lo suficientemente grandes para desbordarse entre las manos, con una suave curva superior tentadora. Sus pezones eran oscuros, gruesos y prominentes, siempre erectos con facilidad, rodeados de areolas anchas y oscuras que invitaban a ser chupadas y mordidas.

Su abdomen era plano pero suave, con una delicada línea central que bajaba hacia su monte de Venus. Sus caderas eran anchas y femeninas,

creando una silueta de reloj de arena perfecta. Su culo era una obra de arte: redondo, grande, firme y con una curva pronunciada que se balanceaba hipnóticamente al caminar. Las nalgas eran suaves, carnosas y perfectamente moldeadas, con una piel tersa que brillaba cuando estaba excitada.

Entre sus muslos, su vagina era pura tentación. El monte de Venus estaba ligeramente abultado y completamente depilado, suave como seda. Sus labios mayores eran gruesos y carnosos, de un tono moreno rosado. Cuando se excitaba, se hinchaban y separaban, revelando los labios internos más finos, de un rosa oscuro intenso y siempre brillantes de humedad. Su clítoris era prominente y sensible, asomando cuando estaba hinchado. Su entrada era estrecha y apretada, de un color más intenso, capaz de contraerse con fuerza alrededor de lo que entrara en ella. Su ano era pequeño, fruncido y de un rosa oscuro perfecto, tan sensible como el resto de su cuerpo.

Sus muslos eran gruesos pero tonificados, suaves al tacto, terminando en unas piernas largas y esbeltas. Sus pies eran delicados, con un arco elegante y dedos finos, uñas siempre cuidadas y pintadas del mismo negro o rojo que sus manos.

A los doce años, durante su primer sangrado menstrual, su poder despertó con violencia. Mientras las sacerdotisas la bañaban en aceites sagrados, Vespera tuvo su primera visión erótica: un hombre de ojos grises y polla monstruosa follándola brutalmente. Esa misma noche, sola en su cama, se tocó por primera vez. Sus dedos exploraron su coño virgen, frotando su clítoris hinchado hasta que se corrió por primera vez, mordiendo las sábanas para no gritar.

A los quince años, ya era insaciable.

Las sacerdotisas la iniciaron en los Rituales de la Carne. La ataron desnuda sobre un altar de obsidiana. Tres sacerdotisas expertas la devoraron: le chuparon los pezones grandes y oscuros hasta dejarlos hinchados y rojos, le metieron la lengua profundamente en el coño y en

el ano, y la hicieron correrse una y otra vez con dedos, lenguas y consoladores de obsidiana cada vez más grandes. Vespera gritaba de placer, eyaculando chorros potentes mientras su poder crecía con cada orgasmo.

A los dieciocho años, desafió a su propia madre en el Ritual de Sucesión.

En el centro del Gran Templo, frente a todas las sacerdotisas, madre e hija se enfrentaron desnudas. Fue una batalla salvaje de sexo y poder. Vespera dominó completamente a Sylvara. Le chupó el coño con ferocidad, metiéndole la lengua hasta el fondo mientras le follaba el ano con tres dedos. Luego la montó, frotando su coño empapado y caliente contra el de su madre en un tribbing brutal, sus clítoris hinchados chocando mientras ambas gemían como animales en celo. Vespera ganó de forma aplastante. Hizo que su madre se corriera nueve veces seguidas, hasta que Sylvara quedó temblando, con el coño y el ano abiertos y chorreando, suplicando piedad.

Esa noche, Vespera fue coronada como la nueva Pitonisa Suprema de Elyndor.

Desde entonces, se convirtió en la reina sexual indiscutible del reino. Organizaba orgías masivas en las que ella era siempre el centro absoluto. Se follaba a hombres y mujeres por igual, a veces a docenas en una sola noche. Su coño y su ano se volvieron legendarios: siempre apretados, siempre mojados, siempre hambrientos. Podía correrse chorros tan potentes que empapaban a varias personas a la vez.

Su poder creció con cada orgasmo. Podía ver fragmentos del futuro, doblegar voluntades con su voz y su cuerpo, y hacer que cualquier persona se volviera adicta a su coño después de una sola noche.

Pero una noche, mientras se masturbaba furiosamente pensando en un hombre de ojos grises y polla monstruosa que había visto en sus visiones, Vespera supo que su verdadero destino estaba por llegar.

—Ven a mí, Lobo… —gimió, corriéndose con fuerza mientras chorros salpicaban el suelo de su torre—. Ven a Elyndor.

Porque ella ya había visto lo inevitable.

El choque entre el Rey más brutal del mundo y la Pitonisa más poderosa y sexual de Elyndor.

Y cuando eso ocurriera… ni reinos ni almas quedarían intactos.

Capítulo 2: La Llamada del Lobo

En el corazón del Templo de las Mil Lunas, bajo una cúpula de obsidiana que reflejaba la luz de las estrellas como si fueran almas atrapadas, se celebraba el Ritual de la Luna Roja.

El aire estaba cargado de incienso dulce, sudor, sexo y magia. Cientos de velas negras flotaban en el aire, iluminando un espectáculo de carne y poder. En el centro de un enorme círculo ritual grabado en el suelo, rodeada de sacerdotisas y guerreros elegidos, se encontraba Vespera, la Pitonisa Suprema de Elyndor.

Completamente desnuda, su cuerpo era una visión que cortaba la respiración.

Su cabello negro azabache caía en ondas salvajes hasta la mitad de su espalda, brillando con reflejos púrpura bajo la luz mágica. Sus ojos negros profundos brillaban con un fulgor sobrenatural. Sus pechos grandes, pesados y firmes subían y bajaban con cada respiración agitada, coronados por pezones oscuros y

gruesos, perforados con anillos de plata negra. Su abdomen era plano y suave, con una delicada curva que bajaba hacia su monte de Venus completamente depilado. Sus caderas anchas y exuberantes terminaban en un culo redondo, carnoso y perfecto, con nalgas suaves y firmes que se balanceaban con cada movimiento.

Entre sus muslos, su coño era una obra de arte obscena: labios mayores gruesos e hinchados, labios internos carnosos y brillantes de humedad, y un clítoris prominente que palpitaba visiblemente. Su ano pequeño y fruncido ya estaba ligeramente dilatado por el uso previo.

Vespera era el centro absoluto del ritual.

Dos sacerdotisas jóvenes lamían con devoción sus pechos, chupando y mordiendo sus pezones perforados. Otra estaba arrodillada detrás de ella, metiendo la lengua profundamente en su ano mientras Vespera gemía de placer. Frente a ella, un guerrero élite de Elyndor la follaba con fuerza, clavando su polla gruesa en su coño empapado con embestidas profundas y brutales.

—Más fuerte —ordenó Vespera con voz ronca y autoritaria, agarrando al guerrero por el cuello—. Quiero sentir cómo me abres.

El hombre obedeció, follándola con violencia. Sus huevos golpeaban contra ella con cada embestida. Vespera echó la cabeza hacia atrás y gimió, su coño contrayéndose alrededor de la polla mientras expulsaba jugos claros que corrían por los muslos del guerrero.

Pero no era suficiente.

Con un gesto de la mano, Vespera invocó su poder. Dos sacerdotisas más se acercaron. Una se arrodilló y empezó a lamer su clítoris hinchado mientras el guerrero la follaba. La otra se colocó detrás y le metió tres dedos en el ano, follándola por ambos agujeros al mismo tiempo.

Vespera sonrió con placer sádico, sintiendo cómo su cuerpo era usado y adorado.

—Esto es lo que soy —gimió, su voz resonando con magia—. La devoradora. La que toma todo lo que desea.

Su poder se expandió. Todas las personas en el templo empezaron a sentir una oleada de deseo incontrolable. Guerreros y sacerdotisas cayeron unos sobre otros, follando salvajemente en el suelo. El templo se convirtió en una orgía masiva y caótica.

Vespera, en el centro, era una diosa del sexo.

Se corrió por primera vez con un grito largo y profundo. Su coño se contrajo violentamente alrededor de la polla del guerrero, expulsando un chorro potente que salpicó el rostro de la sacerdotisa que le lamía el clítoris. No se detuvo. Siguió cabalgando la polla con fuerza, ordenando que le metieran más dedos en el ano.

—Más… quiero más… —gruñó, sus ojos brillando con poder púrpura.

De pronto, mientras un orgasmo tras otro la atravesaba, una visión mucho más poderosa la golpeó.

Vio a Valthorak.

Lo vio claramente: el gigante de dos metros, cubierto de cicatrices y sangre, follándola brutalmente sobre un altar. Su polla monstruosa de 24 centímetros entraba y salía de su coño con violencia salvaje, abriéndola como nunca nadie lo había hecho. Vio su propio rostro contorsionado de placer y dolor, sus pechos rebotando, su coño destrozado chorreando semen y jugos.

Vespera gritó de placer en el templo real. Su cuerpo se convulsionó con tanta fuerza que expulsó un chorro largo y potente que salió de su vagina salpicó a varios metros. Sus ojos se pusieron en blanco mientras la visión continuaba: Valthorak la follaba por el culo, luego por la boca, llenándola de semen espeso una y otra vez.

— ¡Sí…! —aulló Vespera, corriéndose de nuevo con violencia—. ¡Ven a mí, Lobo…!

Cuando la visión terminó, Vespera quedó temblando, de rodillas en el centro del círculo, con el coño y el ano abiertos y chorreando, el cuerpo cubierto de sudor y fluidos.

Se levantó lentamente, con una sonrisa oscura y voraz en los labios.

—Preparad un mensaje —ordenó con voz ronca—. Quiero que llegue al Rey Valthorak.

Tomó un velo negro de seda, se lo pasó por el coño empapado y por el ano, impregnándolo con sus jugos y el aroma de su excitación. Luego lo metió en una caja junto con un pergamino escrito con sangre.

El mensaje era corto y provocador:

"He visto tu polla en mis visiones, Rey Lobo.

Ven a Elyndor.

Intenta romperme.

Te estaré esperando… bien abierta y mojada."

Vespera selló la caja con un beso impregnado de su magia y sonrió con pura lujuria.

—Que comience el juego.

Capítulo 3: El Mensaje de la Bruja

En las profundidades de Karavoth, el Gran Salón aún olía a la orgía de la noche anterior. Charcos de semen seco, orina y jugos vaginales cubrían partes del suelo. Cuerpos exhaustos dormían en los rincones o eran arrastrados por sirvientes. Pero en la sala de guerra privada del Rey, el ambiente era diferente.

Valthorak estaba sentado en su trono de hueso y acero, completamente desnudo, con las piernas abiertas. Su polla gruesa y pesada descansaba sobre su muslo, todavía semierecta después de haber follado durante horas. Frente a él, de rodillas, estaba Elowen, lamiendo lentamente sus huevos sudados mientras Lysandra le chupaba la polla con devoción.

Un mensajero entró temblando, llevando una caja negra lacrada con un sello púrpura.

—Mi Rey… —dijo el hombre con voz asustada—. Esto llegó esta mañana. No hay remitente. Solo un símbolo: una luna rodeada de serpientes.

Valthorak levantó una ceja. Con un gesto de la mano, ordenó a Elowen y Lysandra que se apartaran. Tomó la caja con sus manos grandes y la abrió.

Dentro había dos cosas:

Un velo negro de seda finísima, completamente empapado. Y un pergamino enrollado.

Valthorak tomó primero el velo. Lo acercó a su nariz y aspiró profundamente.

El olor era abrumador.

Un aroma dulce, almizclado y femenino, con un toque ácido y potente. El olor de un coño excitado, de jugos frescos y abundantes. El velo estaba tan mojado que goteaba ligeramente. Valthorak lo extendió y vio claramente las manchas blancas y transparentes, los fluidos vaginales que habían empapado la tela.

—Joder… —gruñó, sintiendo cómo su polla se endurecía al instante, levantándose pesada y venosa.

Desenrolló el pergamino. La letra era elegante, femenina y cargada de magia. El mensaje decía:

"He visto tu polla en mis visiones, Rey Lobo.

He sentido cómo me abres, cómo me llenas, cómo me rompes.

Mi coño ya se moja solo de pensarlo.

Ven a Elyndor.

Intenta conquistarme.

Te estaré esperando… bien abierta, empapada y hambrienta."

Debajo de la firma —Vespera, Pitonisa Suprema de Elyndor— había un hechizo. Cuando Valthorak pasó los dedos por las runas, una visión lo golpeó con fuerza.

Vio a una mujer morena dorada, de cuerpo pecaminoso, follándose con los dedos mientras gemía su nombre. Vio su coño hinchado chorreando, su culo fruncido contrayéndose, sus grandes tetas rebotando. La visión era tan vívida

que sintió el olor de su coño como si estuviera frente a él.

Valthorak soltó un gruñido animal.

Su polla se puso completamente dura en cuestión de segundos, gruesa, venosa y palpitante, goteando abundante pre-eyaculación que caía al suelo.

—Elowen. Lysandra. Fuera —ordenó con voz ronca.

Las dos mujeres obedecieron al instante, sabiendo reconocer ese tono.

En cuanto se quedaron solos, Valthorak agarró el velo empapado con una mano y su polla gruesa con la otra. Se llevó el velo a la nariz y aspiró profundamente el aroma del coño de Vespera mientras empezaba a masturbarse con golpes largos y brutales.

—Puta bruja… —gruñó, acelerando el ritmo—. Te atreves a provocarme…

Imaginó a Vespera arrodillada frente a él, con su boca carnosa abierta, tragando su polla hasta el fondo. Imaginó follándola por el coño virgen de poder, abriéndola, rompiéndola. Imaginó corriéndose dentro de ella hasta que su semen le saliera por la nariz.

Sus huevos pesados se tensaron. Con un rugido salvaje, Valthorak se corrió con fuerza. Chorros potentes y espesos de semen salieron disparados, salpicando el velo negro de Vespera, empapándolo aún más. Chorros largos y abundantes que manchaban la tela con su leche caliente y blanca.

Cuando terminó, respiraba como un animal. Miró el velo ahora cubierto de su semen y sonrió con pura maldad.

—Elyndor… —murmuró, aún sosteniendo su polla semierecta—. Ese reino será mío. Y esa bruja… esa puta Pitonisa va a gritar mi nombre mientras la destrozo.

Se levantó, imponente, con el cuerpo cubierto de sudor y semen.

— ¡Convocad a los generales! —rugió hacia la puerta—. Preparen los ejércitos. Marchamos sobre Elyndor.

Hizo una pausa, mirando el velo empapado en su mano.

—Y decidles que esta conquista será diferente. No quiero solo el reino.

—Quiero a su reina… viva, rota y llena de mi semen.

Capítulo 4: La Profecía de Carne

En las profundidades del Templo de las Mil Lunas, bajo la gran cúpula de obsidiana que reflejaba las estrellas como almas atrapadas, Vespera había ordenado preparar el Ritual de la Profecía de Carne.

El suelo estaba cubierto de runas antiguas dibujadas con sangre fresca de vírgenes. En el centro había un altar circular de obsidiana negra, con cadenas de plata y grilletes. Sobre él, un artefacto mágico ancestral: el Cristal del Vacío, un enorme orbe flotante conectado por hilos de energía púrpura al cuerpo de la Pitonisa.

Vespera se encontraba completamente desnuda en el centro del altar, con las piernas abiertas y atadas con cadenas que le mantenían los muslos separados al máximo. Sus brazos estaban levantados y sujetos por encima de su cabeza. Su cuerpo magnífico brillaba bajo la luz de las velas negras: pechos grandes y pesados subiendo y bajando con anticipación, pezones oscuros duros como piedras, abdomen plano y suave, y entre sus

piernas, su coño ya hinchado y chorreando jugos que corrían por sus muslos.

—Comenzad —ordenó con voz ronca y autoritaria.

Cuatro guardias élite de Elyndor, hombres altos, musculosos y seleccionados por su resistencia sexual, se acercaron junto con tres sacerdotisas expertas en placer.

El ritual comenzó sin piedad.

Dos guardias se arrodillaron frente a ella. Uno hundió su lengua gruesa en su coño empapado, lamiendo con fuerza sus labios hinchados y chupando su clítoris prominente. El otro le metió la lengua profundamente en el ano, follándola con la boca mientras le apretaba las nalgas. Al mismo tiempo, dos sacerdotisas se dedicaron a sus pechos: chupando, mordiendo y tirando de sus pezones perforados.

Vespera gimió fuerte, arqueando la espalda. El Cristal del Vacío empezó a brillar con intensidad, conectándose a su mente.

—Más… —exigió—. Quiero sentirme llena.

Un tercer guardia se colocó detrás de ella y, sin lubricante, presionó su polla gruesa contra su ano. Empujó con fuerza, abriéndola de un solo golpe. Vespera soltó un grito de placer cuando sintió cómo la polla entraba hasta el fondo en su culo. Al mismo tiempo, el cuarto guardia se puso frente a ella y le metió su miembro hasta el fondo de la garganta.

Ahora estaba completamente llena: una polla en el culo, otra en la boca, lenguas en su coño y en sus pezones. El Cristal del Vacío brillaba con más fuerza, enviando oleadas de energía mágica a través de su cuerpo.

— ¡Folladme más duro! —ordenó entre arcadas, con la polla del guardia golpeándole el fondo de la garganta.

Los hombres obedecieron. El guardia que la follaba por el culo empezó a embestir con fuerza brutal, sacando casi toda su polla solo para volver a clavarla hasta los huevos. El que le follaba la boca hacía lo mismo, sujetándole la cabeza mientras le reventaba la garganta. Las

sacerdotisas le metían tres dedos en el coño, follándola con la mano mientras le chupaban el clítoris.

Vespera se corrió por primera vez con un grito ahogado. Su coño expulsó un chorro potente que salpicó el rostro de las sacerdotisas. Pero el ritual no se detuvo.

La visión empezó a llegar.

De repente, Vespera vio a Valthorak.

Lo vio con una claridad aterradora: el gigante de dos metros, cubierto de cicatrices y sangre, agarrándola por el cabello mientras le metía su enorme polla de 24 centímetros hasta el fondo de la garganta. Vio cómo la doblaba sobre un altar y la penetraba analmente con violencia salvaje, abriéndole el culo hasta dejarlo completamente destruido. Vio cómo la follaba por el coño, por la boca, por el ano, llenándola de semen espeso una y otra vez mientras ella gritaba su nombre entre orgasmos.

La visión era tan intensa que Vespera perdió el control.

Su cuerpo se convulsionó violentamente. Empezó a correrse sin parar, chorro tras chorro saliendo a presión de su coño, empapando a todos los que la rodeaban. Su ano se contrajo con fuerza alrededor de la polla que la follaba, ordeñándola. Gritaba alrededor de la polla que tenía en la boca, babeando profusamente.

— ¡Más! ¡Quiero verlo todo! —aulló mentalmente.

La visión se volvió aún más brutal. Vio a Valthorak corriéndose dentro de ella, inundando su útero y sus entrañas con chorros potentes de semen. Vio su propio vientre hinchado, su cara cubierta de leche, su cuerpo temblando de placer absoluto.

Vespera se corrió con tanta fuerza que casi perdió la conciencia. Su orgasmo salió en chorros tan potentes que salpicó hasta el Cristal del Vacío. Todo su cuerpo se sacudía como poseído, sus pechos rebotando violentamente, su coño y ano contrayéndose sin control.

Cuando la visión finalmente terminó, Vespera quedó colgando de las cadenas, jadeando, con el cuerpo cubierto de sudor, saliva, semen y sus propios jugos. Su coño y ano estaban rojos, hinchados y abiertos, chorreando sin parar.

Los guardias y sacerdotisas se apartaron, exhaustos y temblando.

Vespera levantó la cabeza lentamente. Sus ojos negros brillaban con un fulgor púrpura intenso. Una sonrisa oscura y voraz se dibujó en sus labios carnosos.

—He visto suficiente —susurró con voz ronca.

Se incorporó, aún con las piernas temblando, y miró a sus sirvientes.

—Preparad mi caravana. No enviaré mensajeros.

—Yo misma iré a recibir al Rey Valthorak.

Se pasó una mano por el coño empapado, recogió sus jugos y se los llevó a la boca, lamiéndolos con placer.

—Quiero que me sienta venir. Quiero que sepa que la Pitonisa de Elyndor va a por él… y que pienso devorarlo entero.

Capítulo 5: La Noche de los Dos Lobos – Primera parte - Karavoth

El Gran Salón de Karavoth era un verdadero templo de la depravación más absoluta.

Cientos de antorchas y braseros ardían con llamas rojas y negras, iluminando un mar de cuerpos desnudos que se retorcían sin control. El suelo de piedra estaba completamente resbaladizo por una mezcla viscosa de semen espeso, jugos vaginales, orina, saliva y vino derramado. El aire era tan denso y caliente que costaba respirar: un hedor abrumador a sudor masculino rancio, coños empapados, culos recién follados, semen fresco y viejo, y el almizcle fuerte y animal de la excitación en su punto más alto.

En el centro de todo aquello, sentado en su trono de huesos y acero como un dios oscuro y carnal, estaba Rey Valthorak.

Completamente desnudo, su cuerpo colosal de 1,98 metros brillaba bajo la luz rojiza, cubierto

de sudor, restos de sangre enemiga y fluidos de las mujeres que ya había usado. Su pecho ancho y velludo subía y bajaba con fuerza. Sus músculos densos y venosos se tensaban con cada movimiento. Entre sus piernas gruesas como troncos, su polla monstruosa de 24 centímetros estaba completamente erecta, gruesa como una muñeca, venosa, con el glande hinchado y brillante de pre-eyaculación que no dejaba de gotear.

Tenía a dos esclavas cabalgándolo al mismo tiempo.

Una joven noble capturada de cabello castaño y tetas grandes y pesadas estaba sentada sobre su polla, cabalgándola con desesperación. Su coño hinchado y empapado tragaba toda la longitud gruesa con cada bajada violenta, produciendo sonidos húmedos y obscenos. Sus jugos transparentes le corrían abundantemente por los huevos pesados y peludos del Rey, chorreando hasta el suelo.

La segunda esclava, una pelirroja de culo redondo y carnoso, estaba sentada sobre su cara, frotando su coño chorreante contra la boca y la barba de Valthorak. Él le devoraba el coño con hambre salvaje, metiendo la lengua gruesa profundamente dentro de ella, chupando y mordiendo su clítoris hinchado mientras le apretaba las nalgas con sus manos enormes.

Pero su mente no estaba realmente allí.

Estaba en Elyndor. Follando a Vespera.

Mientras levantaba a la esclava por las caderas y la clavaba con fuerza brutal en su polla, imaginaba el coño de la Pitonisa: caliente, apretado, hinchado, tragándose toda su verga hasta el fondo. Aceleró las embestidas, haciendo que las tetas grandes de la esclava rebotaran violentamente.

—Más fuerte… —gruñó con voz ronca y profunda, aunque no hablaba con ninguna de ellas.

Agarró a otra mujer que pasaba cerca —una noble capturada de pechos enormes y culo

carnoso— y la puso a cuatro patas frente a él sin ninguna delicadeza. Sin escupir siquiera, presionó su glande hinchado contra su ano y empujó con fuerza bruta.

La mujer soltó un grito desgarrador cuando la polla gruesa le abrió el culo de un solo golpe salvaje. Valthorak no tuvo piedad. Empezó a follárselo con embestidas salvajes y profundas, sacando casi toda su longitud solo para volver a clavarla hasta los huevos.

—Te voy a abrir entera, bruja… —murmuraba entre dientes, imaginando que era el ano virgen y apretado de Vespera el que estaba destrozando—. Te voy a llenar el culo y el coño hasta que no puedas cerrar ninguno… hasta que solo seas un agujero lleno de mi semen.

La noble gritaba y gemía como una puta, moviendo el culo hacia atrás para recibir más. Valthorak la follaba con furia animal, sus huevos pesados golpeando contra su coño mojado. Su mente estaba llena de Vespera: su cabello negro

azabache, sus pechos grandes rebotando, su coño y ano siendo destruidos por él.

El placer fue demasiado.

Con un rugido gutural y salvaje, Valthorak se corrió con fuerza brutal. Chorros potentes, calientes y espesos de semen inundaron las entrañas de la noble, llenándola hasta rebosar. Cuando sacó su polla, un torrente blanco-grisáceo salió a borbotones de su ano abierto, chorreando por sus muslos y formando un charco grande en el suelo.

Sin darles respiro, Valthorak agarró a otra esclava por el pelo y la puso de rodillas frente a él. Le metió su polla todavía dura y sucia de semen y fluidos anales directamente hasta el fondo de la garganta.

—Chupa, puta —gruñó, follándole la cara con embestidas brutales—. Imagina que eres ella… la bruja que se atrevió a provocarme.

La esclava se ahogaba, babeando profusamente mientras Valthorak le reventaba la garganta,

imaginando la boca carnosa de Vespera tragando su polla.

No satisfecho aún, llamó a dos guardias más.

—Traedme a esas dos princesas capturadas — ordenó con voz ronca.

Cuando las trajeron, Valthorak las puso una al lado de la otra, de rodillas. Empezó a masturbar su polla gruesa frente a sus caras, golpeándoles las mejillas con el glande hinchado.

—Mirad bien lo que os voy a meter —gruñó—. Esto es lo que le voy a hacer a esa Pitonisa cuando la tenga delante.

Se corrió de nuevo con un rugido. Chorros largos y potentes de semen caliente salpicaron las caras de las dos princesas, cubriéndoles ojos, nariz, labios y cabello. Las mujeres tragaban lo que podían, tosiendo y gimiendo mientras Valthorak seguía eyaculando sin parar.

Aun así, su polla seguía dura.

Agarró a una de las princesas y la sentó sobre su polla, empalándola de un solo golpe. La otra la puso a cuatro patas y empezó a follarla por el culo mientras imaginaba que era Vespera la que estaba siendo destruida.

Durante horas, Valthorak folló sin descanso. Cambiaba de mujer constantemente, llenando coños, culos y bocas con su semen espeso. Cada vez que se corría, pensaba en Vespera: en cómo la iba a romper, en cómo la iba a hacer gritar su nombre, en cómo la iba a llenar hasta que su vientre se hinchara.

El salón entero era testigo de su lujuria insaciable.

Y en cada orgasmo, en cada chorro de semen que expulsaba, Valthorak sentía que su obsesión por la Pitonisa crecía más y más.

Pronto iría a buscarla.

Y cuando la tuviera… no quedaría nada de ella que no estuviera marcado por él.

Capítulo 5: La Noche de los Dos Lobos – Segunda Parte: Elyndor

En el mismo instante, muy lejos de las tierras oscuras de Karavoth, en la cima de la Torre de las Mil Lunas, ardía otro fuego igual de voraz.

El Gran Salón Ritual de la Torre estaba envuelto en una niebla púrpura y dulce producida por inciensos afrodisíacos. El suelo de obsidiana negra reflejaba cientos de velas flotantes que iluminaban un espectáculo de carne y magia pura. El aire estaba saturado del olor intenso a coños mojados, semen, sudor femenino y el aroma almizclado de la excitación mágica.

En el centro exacto del círculo ritual, completamente desnuda y brillante de aceites sagrados, se encontraba Vespera, la Pitonisa Suprema de Elyndor.

Su cuerpo era una visión pecaminosa. Su cabello negro azabache caía en ondas salvajes hasta la mitad de su espalda, pegado a su piel por el sudor. Sus ojos negros profundos brillaban con

un fulgor púrpura intenso. Sus pechos grandes, pesados y firmes subían y bajaban con fuerza, con los pezones oscuros y gruesos completamente erectos, perforados con anillos de plata negra. Su abdomen plano y suave brillaba, y entre sus muslos gruesos y tonificados, su coño estaba hinchado, completamente empapado, con los labios mayores gruesos y separados, revelando los internos carnosos y brillantes de humedad. Su clítoris prominente palpitaba visiblemente. Su ano pequeño y fruncido ya estaba ligeramente abierto por el uso anterior.

Vespera estaba siendo devorada por el placer.

Dos guardias élite de Elyndor la follaban con fuerza al mismo tiempo. Uno, alto y musculoso, estaba de pie detrás de ella, clavándole su polla gruesa y dura en el ano con embestidas profundas y brutales. El otro, frente a ella, le metía su verga hasta el fondo del coño, follándola con golpes salvajes que hacían que sus grandes tetas rebotaran violentamente.

— ¡Más duro! —ordenó Vespera con voz ronca y autoritaria, moviendo las caderas para recibir ambas pollas más profundo—. Quiero sentir que me partís en dos.

Una sacerdotisa joven estaba arrodillada debajo de ella, lamiéndole el clítoris hinchado con la lengua plana mientras los dos guardias la penetraban. Otras dos sacerdotisas le chupaban y mordían los pezones, tirando de los anillos de plata y haciendo que Vespera gimiera como una diosa en celo.

Pero su mente no estaba solo en los cuerpos que la follaban.

Estaba en Karavoth. Con Valthorak.

Mientras sentía las dos pollas abriéndola por ambos agujeros, Vespera tuvo la primera visión clara. Vio al Rey Lobo sentado en su trono, follándose a varias mujeres con furia animal. Vio su polla monstruosa de 24 centímetros entrando y saliendo de coños y culos, imaginando que era su propio cuerpo el que estaba siendo destruido.

— ¡Es él…! —gimió Vespera, con los ojos en blanco.

Su coño se contrajo violentamente alrededor de la polla que la follaba y expulsó un chorro potente y largo que bañó la cara de la sacerdotisa arrodillada. Su ano apretó con fuerza la otra verga.

No se detuvo. Al contrario, empezó a mover las caderas con más desesperación, cabalgando ambas pollas como una posesa.

— ¡Folladme más fuerte! —gritó—. ¡Quiero sentirlo todo!

Un tercer guardia se acercó. Vespera lo agarró por la polla y se la metió en la boca hasta el fondo, chupándola con hambre voraz mientras las otras dos pollas seguían reventándola por abajo. Ahora estaba completamente llena: coño, ano y boca.

La visión se volvió más intensa.

Vio a Valthorak follándola brutalmente sobre un altar, su polla enorme abriéndole el coño sin

piedad. Vio cómo la doblaba y le metía toda su verga en el ano de un solo golpe. Vio su propio rostro contorsionado de placer y dolor, sus tetas rebotando, su cuerpo temblando mientras él la llenaba de semen espeso.

Vespera se corrió con violencia. Su cuerpo entero se convulsionó. Chorros potentes y continuos salían a presión de su coño, empapando a la sacerdotisa debajo y salpicando el suelo. Su ano se contrajo alrededor de la polla que la follaba, ordeñándola. Gritaba alrededor de la verga que tenía en la garganta, babeando profusamente.

Pero seguía queriendo más.

Ordenó que cambiaran de posición. Se puso a cuatro patas sobre el altar, con el culo levantado. Dos guardias la penetraron de nuevo: uno en el coño, otro en el ano, follándola en doble penetración salvaje. Otra sacerdotisa se acostó debajo de ella y empezó a chuparle el clítoris mientras Vespera le lamía el coño a su vez.

— ¡Quiero verlo más! —aulló mentalmente.

La visión regresó con mayor fuerza. Vio a Valthorak corriéndose dentro de ella, inundando su útero y sus entrañas con chorros calientes y abundantes de semen. Sintió casi físicamente cómo esa polla monstruosa la abría, cómo sus huevos pesados golpeaban contra su clítoris, cómo su cuerpo era marcado como propiedad.

Vespera perdió completamente el control.

Empezó a correrse sin parar, orgasmo tras orgasmo. Chorros largos y potentes salían disparados de su coño cada pocos segundos, empapando a todos los que la rodeaban. Su ano apretaba con fuerza la polla que la follaba. Sus gemidos se convirtieron en gritos ahogados de placer absoluto.

En el momento exacto en que Valthorak rugía y se corría en Karavoth, Vespera también llegó al clímax más intenso de la noche.

Todo su cuerpo se tensó violentamente. Su coño y ano se contrajeron con fuerza alrededor de las dos pollas que la penetraban. Expulsó un chorro

de su coño tan potente que salpicó varios metros. Sus ojos se pusieron completamente en blanco y un grito largo y gutural escapó de su garganta mientras tragaba la polla que tenía en la boca.

Durante unos segundos eternos, aunque separados por montañas y reinos, ambos —Valthorak y Vespera— sintieron la misma conexión eléctrica. Sus orgasmos se alimentaron mutuamente a través de la distancia y la magia. Como si sus placeres se tocaran.

Cuando todo terminó, Vespera quedó temblando sobre el altar, con el coño y el ano rojos, hinchados y abiertos, chorreando semen y sus propios jugos. Su cuerpo cubierto de sudor, saliva y fluidos.

Se incorporó lentamente, con una sonrisa oscura y voraz en sus labios carnosos.

—Pronto, Lobo… —susurró al vacío, lamiéndose los labios—. Muy pronto nos vamos a encontrar.

—Y cuando eso pase… ninguno de los dos quedará entero.

Capítulo 5: La Noche de los Dos Lobos – Tercera Parte: El Momento de la Conexión

En ese preciso instante, el mundo entero pareció contener la respiración.

La distancia entre Karavoth y Elyndor se desvaneció. La magia ancestral de la Pitonisa y la lujuria salvaje del Rey Lobo se encontraron en un punto invisible del éter, fusionándose en un orgasmo compartido tan intenso que ninguno de los dos había experimentado algo igual en su vida.

Valthorak estaba de pie en medio del Gran Salón, con las piernas separadas y el cuerpo colosal temblando. Su polla monstruosa de 24 centímetros palpitaba violentamente dentro de la garganta de la esclava arrodillada frente a él. La mujer tenía los ojos desorbitados, saliva y lágrimas corriendo por su rostro mientras él le follaba la boca con embestidas brutales y profundas.

Sus huevos pesados golpeaban contra su barbilla con fuerza. El placer en su mente ya no era solo suyo.

De repente, lo sintió todo.

Sintió un coño caliente, apretado y empapado contrayéndose alrededor de su polla como si realmente estuviera dentro de Vespera. Sintió las paredes vaginales succionándolo, ordeñándolo. Sintió un ano fruncido y caliente apretando la base de su verga. Sintió chorros calientes producto de su potente orgasmo bañándole los huevos y los muslos.

— ¡Joder…! —rugió Valthorak con los ojos muy abiertos, la voz rota de placer.

Su polla se hinchó aún más dentro de la garganta de la esclava. El primer chorro de semen salió con una fuerza devastadora. Un chorro largo, espeso y caliente que llenó la boca de la mujer hasta rebosar. Parte del semen le salió por la nariz en dos hilos gruesos mientras ella se ahogaba.

Valthorak no se detuvo. Siguió empujando, gruñendo como un animal.

Segundo chorro. Tercero. Cuarto. Cada uno más potente que el anterior. Chorros abundantes y blancos-grisáceos que salían a presión, salpicando el rostro, el cabello y las tetas de la esclava. El placer compartido hizo que su orgasmo se prolongara de forma inhumana. Sentía el coño de Vespera contrayéndose, sentía su ano apretándolo, sentía sus gemidos vibrando en su propia polla.

— ¡Sí…! ¡Así, bruja… apriétame! —gruñó, eyaculando sin parar.

Su semen seguía saliendo en oleadas. Chorros largos que caían al suelo formando charcos espesos. Su polla palpitaba con cada expulsión, enviando placer puro a través de la conexión mágica.

Al mismo tiempo, en la Torre de las Mil Lunas, Vespera estaba completamente perdida en el éxtasis más salvaje.

Estaba a cuatro patas sobre el altar, con el culo levantado. Un guardia le follaba el coño con embestidas brutales mientras otro le reventaba el ano sin piedad. Su cuerpo temblaba violentamente. Sus grandes pechos colgaban y se balanceaban con cada golpe.

Y entonces llegó la ola.

Sintió la polla monstruosa de Valthorak dentro de ella. Sintió su grosor inhumano abriéndola. Sintió sus venas palpitando contra sus paredes. Sintió sus huevos pesados golpeando contra su clítoris hinchado. Sintió el calor de su semen inundándola.

— ¡Es él…! ¡Lo siento dentro…! —gritó Vespera con la voz quebrada.

Su coño se contrajo con una fuerza sobrenatural. El primer chorro caliente salió disparado con violencia. Un chorro largo, potente y

transparente que salpicó con fuerza contra el guardia que la follaba, mojándole el abdomen y las piernas. El segundo chorro fue aún más fuerte, salpicando varios metros hacia adelante. El tercero, el cuarto… oleada tras oleada sin control.

Vespera gritaba sin parar, con los ojos en blanco y la boca abierta. Su ano se contrajo rítmicamente alrededor de la polla que la sodomizaba, ordeñándola con fuerza. Su cuerpo entero se convulsionaba como si estuviera poseído.

— ¡Llename, Lobo! ¡Llename toda…! —aulló, aunque sabía que él no podía oírla con palabras.

La conexión hizo que su placer se multiplicara. Sentía cada chorro de semen caliente que Valthorak expulsaba como si estuviera inundando su útero y sus entrañas. Sentía su rugido vibrando dentro de su pecho. Eso la hizo correrse aún más fuerte.

Otro chorro abundante salió disparado, tan potente que mojó el techo y las paredes cercanas. Sus jugos caían al suelo como una lluvia continua. Su coño y ano se contraían sin parar, apretando las dos pollas que la penetraban hasta sacarle hasta la última gota.

Durante casi un minuto completo, Valthorak y Vespera permanecieron conectados en un orgasmo compartido que trascendía la carne y la distancia. Sus cuerpos se sacudían al unísono. Sus placeres se alimentaban mutuamente, haciéndose más intensos, más profundos, más oscuros y primitivos. Era como si estuvieran follando realmente, piel contra piel, aunque estuvieran a cientos de leguas.

Finalmente, la conexión comenzó a desvanecerse lentamente.

Valthorak cayó sentado en su trono, respirando como un toro enfurecido, con su polla todavía goteando gruesos hilos de semen. Tenía una sonrisa salvaje y obsesionada en el rostro.

Vespera se derrumbó sobre el altar, temblando incontrolablemente, con el coño y el ano completamente destruidos, abiertos y chorreando sin parar. Su cuerpo brillaba cubierto de sudor, saliva, semen y sus propios jugos.

Ambos, en silencio y a la vez, susurraron las mismas palabras en sus mentes:

«Pronto…»

Capítulo 6: La Estrategia de la Carne

La cámara real de Valthorak era un santuario de depravación absoluta. Las paredes de piedra negra estaban cubiertas de cadenas, látigos, ganchos y artefactos de tortura sexual. La enorme cama circular en el centro estaba empapada de semen seco, jugos vaginales y sudor de noches anteriores. Cuatro braseros ardían con llamas rojas, proyectando sombras danzantes sobre los cuerpos desnudos.

Rey Valthorak yacía reclinado contra un montón de almohadones de seda negra, su cuerpo colosal de 1,98 metros brillando de sudor. Su polla monstruosa de 24 centímetros estaba completamente erecta, gruesa, venosa y palpitante, goteando abundante pre-eyaculación que caía en hilos espesos.

A su alrededor estaban sus cuatro favoritos más corruptos:

Elowen, la ninfómana rubia platino, con los ojos brillantes de locura sexual.

Lysandra, la princesa convertida en adicta total a su Rey.

Kael, el príncipe roto, con collar de perro y cadena, completamente sometido.

Lirael, la que más había cambiado. Ya no quedaba ni rastro de la princesa inocente. Era ahora la más puta, la más bellaca y la más sangrienta de todos. Sus ojos brillaban con la misma crueldad que los de Valthorak. Su cuerpo estaba marcado con mordidas y latigazos recientes, y sonreía con placer sádico ante la idea de destruir Elyndor.

—Empecemos —gruñó Valthorak con voz ronca, agarrando a Lirael por el cabello con fuerza brutal y tirándola sobre su regazo.

Lirael se rio como una loca, gateando ansiosa hasta colocarse a horcajadas sobre él. Sin esperar ni un segundo, agarró la polla gruesa del Rey con ambas manos y se empaló de un solo

golpe salvaje, metiéndose toda la longitud hasta el fondo de su coño.

— ¡Aaaahhh, joder, mi Rey! ¡Qué gruesa estás hoy! —gritó de placer, empezando a cabalgarlo con movimientos violentos y desesperados.

Sus tetas grandes rebotaban con fuerza mientras subía y bajaba, golpeando su culo carnoso contra los muslos de Valthorak.

—Habla, mi amor —gimió Lirael, apretando su coño alrededor de la polla—. Dime cómo vamos a destrozar a esa puta bruja y a su reino… ¡mientras me follas más duro!

Valthorak la agarró por las caderas y empezó a embestir hacia arriba con fuerza brutal, haciendo que Lirael gritara de placer.

—Primero quemaremos los templos exteriores — gruñó, follándola sin piedad—. Quiero que el fuego se vea desde la Torre de las Mil Lunas. Que sepan que vamos en serio.

Lirael se inclinó hacia adelante, mordiendo el cuello de Valthorak mientras cabalgaba más rápido.

—Quiero que empalemos a las sacerdotisas en estacas ardientes —jadeó con voz sádica—. Que las follemos mientras se queman vivas. Quiero oír cómo gritan cuando les metamos hierro candente en el coño y en el ano.

Elowen, excitada por las palabras de Lirael, se colocó detrás de ella y le metió dos dedos en el ano mientras Valthorak la follaba por el coño.

— ¡Sí! —gimió Elowen—. Yo lideraré los infiltrados por los túneles subterráneos. Cortaremos gargantas en silencio y abriremos las puertas desde dentro.

Lysandra se arrodilló al lado y empezó a chupar los pezones de Lirael, mordiéndolos con fuerza. Kael, obediente, lamía los huevos de Valthorak y el coño de Lirael donde se unían con la polla del Rey.

Valthorak aceleró las embestidas, azotando con fuerza las nalgas de Lirael hasta dejarlas rojas e hinchadas.

—Tres columnas de ataque —continuó, respirando pesado—. Yo iré por el centro con cinco mil hombres y las máquinas de asedio. Quiero fuego negro en las murallas.

Lirael se corrió con violencia por primera vez. Su coño se contrajo con fuerza alrededor de la polla de Valthorak y expulsó un chorro potente que bañó los huevos del Rey y la cara de Kael.

— ¡Quiero que capturemos a las nobles y princesas! —gritó Lirael entre orgasmos—. Quiero que las violen públicamente en las plazas mientras sus familias miran. Quiero cortarles los pezones y obligarlas a tragárselos.

Sus palabras hicieron que todos se excitaran más. Elowen se corrió solo de escucharla, frotando su coño contra la espalda de Lirael.

Valthorak rugió y se corrió dentro de Lirael, inundando su útero con chorros potentes y

espesos de semen caliente. Cuando sacó la polla, un torrente blanco salió a borbotones de su coño abierto.

Lirael no perdió tiempo. Se giró, se puso de rodillas y se tragó toda la polla sucia del Rey, chupándola con hambre salvaje, limpiando su propia crema mezclada con semen.

—Quiero que Vespera sea la última —dijo Valthorak, follando la garganta de Lirael con fuerza—. La ataremos en el centro del Gran Templo, piernas y brazos abiertos con cadenas. La follaremos delante de todas sus sacerdotisas.

Lirael sacó la polla de su boca con un sonido obsceno y sonrió con pura maldad, con hilos de semen colgando de sus labios.

—Quiero ser yo quien le sostenga las piernas abiertas mientras tú le rompes el culo, mi Rey — ronroneó—. Quiero lamer su clítoris mientras la llenas de semen. Quiero cortarle los labios de su coño y hacérselos comer mientras la follas.

La crueldad de Lirael encendió a todos. Elowen se sentó sobre la cara de Kael y empezó a mear en su boca mientras lo obligaba a lamerla. Lysandra se colocó sobre la polla de Valthorak y empezó a cabalgarla con violencia.

Durante más de dos horas la orgía continuó sin parar. Cambiaban de posiciones constantemente:

Valthorak follaba el ano de Lirael mientras esta chupaba el coño de Elowen.

Lirael obligaba a Kael a lamerle el semen que le chorreaba del culo.

Lysandra era azotada y follada mientras proponía quemar vivos a los niños de las sacerdotisas.

Lirael era la más salvaje: proponía las ideas más sádicas y se corría con más fuerza cada vez que el plan se volvía más cruel.

Al final de la noche, los cinco estaban exhaustos, cubiertos de semen, fluidos vaginales, orina y

sudor. Lirael yacía sobre el pecho de Valthorak, con su coño y ano chorreando semen, mientras seguía moviendo lentamente las caderas.

—El plan está completo, mi Rey —susurró Lirael con voz ronca, besándolo con lengua profunda—. En tres días marchamos.

Valthorak sonrió con crueldad y le apretó el culo con fuerza.

—Que Elyndor tiemble… porque vamos a follar y destruir todo lo que encontremos.

Lirael se rio con maldad, apretando su coño alrededor de la polla semierecta del Rey.

—Y yo voy a disfrutar cada grito.

Capítulo 7: El Rito de la Luna Roja – Parte 1: Seraphyx, la Llamarada

La luna roja colgaba baja y enorme en el cielo de Elyndor, tiñendo todo con un tono sangriento. En la terraza más alta de la Torre de las Mil Lunas, el viento frío de la noche azotaba la piel desnuda de Vespera. La Pitonisa Suprema estaba completamente expuesta, con los brazos abiertos y la cabeza echada hacia atrás, dejando que la luz carmesí bañara su cuerpo magnífico. Sus pechos grandes y pesados subían y bajaban con cada respiración profunda, sus pezones oscuros y perforados completamente erectos por la anticipación. Entre sus muslos, su coño ya estaba hinchado y reluciente, un hilo grueso y transparente de jugos le corría lentamente por el interior del muslo izquierdo.

—Ven a mí… —susurró Vespera al viento, con voz cargada de poder y lujuria—. La primera de mis lobas.

Desde las sombras de la torre emergió Seraphyx, la Llamarada.

Seraphyx era una visión imponente y salvaje. Medía casi 1,80 metros de pura fuerza y feminidad letal. Su piel era de un tono bronceado intenso, dorado por incontables días bajo el sol de las batallas y las fogatas de campamento. Su cabello era una melena roja fuego, larga, ondulada y salvaje, que le llegaba hasta la cintura y se movía con vida propia al caminar, como llamas danzantes bajo la luz de la luna roja.

Su rostro era angular y feroz: pómulos altos, mandíbula fuerte, labios carnosos y naturalmente rojos que parecían siempre listos para morder. Sus ojos eran de un verde esmeralda intenso, casi felinos, que brillaban con una mezcla de devoción y violencia contenida.

Su cuerpo era una obra maestra de poder y sensualidad. Sus hombros eran anchos pero femeninos, bajando hacia unos brazos fuertes y tonificados, con músculos definidos que se marcaban bajo la piel. Sus pechos eran grandes, pesados y redondos, con una forma perfecta que desafiaba la gravedad. Las areolas eran anchas y

de un tono rosado oscuro, y sus pezones eran gruesos, largos y siempre erectos, como pequeñas dagas listas para ser chupadas o mordidas.

Su abdomen era plano pero marcado por entrenamientos brutales, con unos abdominales visibles que se tensaban con cada paso. Su cintura era estrecha en comparación con sus caderas anchas y poderosas, creando una silueta de reloj de arena mortal. Su culo era magnífico: grande, redondo, firme y musculoso, con nalgas duras y bien separadas que temblaban ligeramente al caminar, pero sin perder su forma perfecta. Entre esas nalgas poderosas se escondía su ano, pequeño, fruncido y de un tono rosado oscuro, acostumbrado a ser usado con violencia.

Sus muslos eran gruesos, fuertes y definidos por años de cabalgar y luchar, con músculos que se marcaban al dar cada paso. Entre ellos, su coño era una tentación brutal: completamente depilado, con labios mayores gruesos y carnosos

que ya estaban hinchados por la excitación. Los labios internos, más largos y delicados, asomaban ligeramente, brillantes de humedad. Su clítoris era prominente y grande, hinchado y palpitante, asomando como una pequeña perla roja. Sus piernas eran largas y poderosas, terminando en pies grandes pero elegantes, con uñas pintadas de rojo sangre.

Seraphyx se detuvo frente a Vespera y cayó de rodillas con reverencia. Sin decir una palabra, se inclinó hacia adelante y besó el coño de su Pitonisa con devoción absoluta, metiendo la lengua profundamente entre sus labios hinchados y lamiendo con hambre.

—Mi Pitonisa… —murmuró contra su vulva, con la voz ronca y llena de deseo—. Mi coño ya arde por ti. Mi cuerpo está listo para derramar sangre y placer por Elyndor.

Vespera agarró la melena roja de Seraphyx con ambas manos y empujó su cara con más fuerza contra su coño, frotándose contra ella con lentos movimientos circulares.

—Lámeme bien, mi Llamarada —ordenó Vespera con voz autoritaria—. Quiero sentir esa lengua caliente dentro de mí mientras te describo lo que le vamos a hacer al Lobo cuando llegue.

Seraphyx obedeció con fervor. Metió la lengua lo más profundo que pudo en el coño de Vespera, follándola con ella mientras le chupaba el clítoris hinchado. Sus manos grandes y callosas agarraron las nalgas de Vespera, separándolas y metiendo un dedo grueso en su ano sin pedir permiso.

Vespera gimió de placer, arqueando la espalda bajo la luna roja.

—Eres mi primera… mi guerrera de fuego. Cuando Valthorak llegue, quiero que seas tú quien prenda las primeras hogueras. Quiero que empales a sus hombres mientras les cortas la garganta… y que te corras sobre sus cadáveres.

Seraphyx gruñó contra el coño de Vespera, acelerando el movimiento de su lengua y metiendo un segundo dedo en el ano de su ama.

Sus propios jugos le corrían por los muslos poderosos, brillando bajo la luz carmesí.

Vespera sintió el primer orgasmo del rito acercándose. Agarró con más fuerza el cabello rojo y empezó a follar la cara de Seraphyx con movimientos bruscos de caderas.

—Cuando lo tengamos… quiero que seas la primera en sentarte en su cara mientras yo le monto la polla. Quiero que le orines en la boca mientras yo le lleno el vientre de mi magia.

Seraphyx gimió con fuerza, vibrando contra el clítoris de Vespera. Eso fue suficiente.

Vespera se corrió con un grito largo y gutural. Su coño expulsó un chorro potente y caliente que bañó la cara, el cabello y los pechos de Seraphyx. El chorro fue tan abundante que chorreaba por el cuerpo de la guerrera, cayendo al suelo de la terraza.

Seraphyx tragó todo lo que pudo, lamiendo con desesperación, sin perder ni una gota.

Cuando el orgasmo de Vespera terminó, miró hacia abajo con una sonrisa cruel y satisfecha.

—Bienvenida al rito, mi Llamarada. Prepárate… porque esta noche vamos a convertir nuestro deseo en arma.

Seraphyx levantó la cara, cubierta de jugos de Vespera, y sonrió con los ojos brillantes de lujuria y sed de sangre.

—Estoy ardiendo, mi Pitonisa. Que venga el Lobo… lo vamos a quemar vivo.

Capítulo 7: El Rito de la Luna Roja – Parte 2: Nyra, la Sombra

La luna roja seguía latiendo en el cielo como un corazón sangrante cuando Nyra, la Sombra, emergió de la oscuridad de la terraza.

Vespera estaba sola, de pie, completamente desnuda bajo la luz carmesí. Su cuerpo brillaba con una fina capa de sudor y los restos del orgasmo que Seraphyx le había provocado. Sus pechos subían y bajaban con anticipación, su coño aún palpitante y chorreando.

Nyra se acercó lentamente, como una depredadora silenciosa.

Era devastadoramente hermosa. Medía 1,72 metros de pura elegancia letal. Su piel pálida parecía brillar bajo la luna roja, casi etérea. Su cabello negro corto y sedoso caía desordenado sobre su frente, dándole un aspecto salvaje y peligroso. Sus ojos eran de un gris plateado frío y penetrante, capaces de matar con una sola

mirada. Sus labios carnosos y oscuros se curvaban en una sonrisa arrogante y sexual.

Su cuerpo era una combinación perfecta de delicadeza femenina y fuerza mortal. Hombros suaves, cintura estrecha, caderas anchas y un culo pequeño pero firme y redondo. Sus pechos eran medianos, altos y perfectos, con pezones rosados claros que ya estaban duros como piedras.

Pero lo que realmente definía a Nyra era lo que colgaba entre sus muslos suaves y tonificados.

Su polla era una obra maestra. Incluso semierecta, ya medía 18 centímetros. Cuando se endurecía por completo alcanzaba los 21 centímetros de pura perfección: gruesa, recta, con una ligera curva hacia arriba que hacía que golpeara justo en el punto más sensible. El glande era grande, hinchado y de un rosado intenso, brillando ya con una gota de pre-eyaculación. El tronco estaba recorrido por gruesas venas que palpitaban visiblemente. Debajo, sus huevos eran grandes, pesados y colgantes, cubiertos por una

fina capa de vello negro suave. Justo debajo se encontraba su ano pequeño, rosado y perfectamente fruncido.

Nyra era famosa por sus eyaculaciones magistrales: chorros largos, potentes y abundantes que salían con fuerza casi violenta, capaces de llenar gargantas, úteros y culos hasta rebosar.

Se detuvo frente a Vespera y, sin decir una palabra, tomó su propia polla con una mano y empezó a masturbarla lentamente, endureciéndola por completo mientras miraba a su Pitonisa con hambre.

—He estado pensando en ti toda la noche… — susurró Nyra con voz baja y ronca—. Pensando en cómo voy a destrozar al Lobo… y en cómo quiero follarte antes de la guerra.

Vespera se acercó, tomó la hermosa polla de Nyra con ambas manos y la acarició con adoración. La sintió palpitar, caliente y gruesa entre sus dedos.

—Muéstrame cuánto deseas esta guerra, mi Sombra —ordenó Vespera.

Nyra no esperó. Agarró a Vespera por el cabello con fuerza y la empujó hacia abajo. Vespera se arrodilló obedientemente y abrió la boca. Nyra metió su polla gruesa directamente hasta el fondo de su garganta en un solo movimiento.

—Así… trágatela toda —gruñó Nyra, empezando a follarle la cara con embestidas profundas y controladas.

Vespera gemía alrededor de la verga, saliva corriendo por su barbilla mientras Nyra le reventaba la garganta. La polla entraba y salía, dejando hilos gruesos de saliva colgando. Nyra agarraba su cabeza con ambas manos y empujaba con más fuerza, follándole la boca sin piedad.

—Cuando llegue Valthorak… —jadeó Nyra, acelerando el ritmo—, quiero ser yo quien lo embosque en la oscuridad. Le cortaré los tendones para que no pueda moverse… y luego le

meteré toda mi polla por el culo mientras tú le sientas en la cara.

Vespera gemía más fuerte, chupando con hambre, sus ojos llorosos por la profundidad. Nyra follaba su garganta con embestidas cada vez más brutales, sus huevos pesados golpeando contra la barbilla de Vespera.

—Quiero correrme dentro de sus heridas abiertas… quiero llenarle la boca de mi semen espeso mientras se desangra.

El placer de Nyra creció rápidamente. Sus huevos se tensaron, su polla palpitó con fuerza dentro de la garganta de Vespera.

Con un gruñido animal, Nyra empujó hasta el fondo y explotó.

Su eyaculación fue espectacular.

El primer chorro salió con tanta fuerza que Vespera se atragantó. Un chorro largo, caliente y denso que llenó su garganta por completo. Nyra siguió empujando, eyaculando sin parar: chorro tras chorro de semen espeso, blanco y cremoso.

Eran eyaculaciones potentes y abundantes, casi interminables. Diez, once, doce chorros fuertes que inundaron la boca de Vespera hasta rebosar. El semen le salía por la nariz y las comisuras de los labios, chorreando por su barbilla y cayendo sobre sus pechos grandes.

Nyra gemía de placer, manteniendo su polla profundamente enterrada mientras vaciaba hasta la última gota.

Cuando finalmente sacó su verga, todavía dura y brillante, Vespera jadeaba, con la cara y el pecho completamente cubiertos de semen espeso. Hilos gruesos colgaban de sus labios y barbilla.

Nyra sonrió con arrogancia, tomó su polla y golpeó varias veces el glande contra las mejillas y labios de Vespera, dejando más marcas blancas.

—Bebe todo, mi Pitonisa —ordenó.

Vespera tragó con dificultad, lamiendo los restos de semen de sus labios mientras miraba a Nyra con ojos llenos de lujuria.

Nyra se arrodilló frente a ella, la besó profundamente, compartiendo el sabor de su propia leche, y susurró contra sus labios:

—Mi polla y mis dagas están listas. Que venga el Lobo… lo voy a follar y matar al mismo tiempo.

Capítulo 7: El Rito de la Luna Roja – Parte 3: Thalira, la Sangre

La luna roja parecía palpitar más fuerte, como si respondiera al deseo acumulado en la terraza. Vespera aún tenía la cara y los pechos cubiertos de semen de Nyra, hilos espesos brillando sobre su piel morena dorada. Se pasó la lengua por los labios, saboreando el gusto salado, cuando una figura imponente emergió de las sombras.

Thalira, la Sangre.

Thalira era una diosa de la violencia y el placer carnal. Medía 1,85 metros de pura fuerza femenina. Su piel era de un tono moreno oscuro y profundo, como ébano pulido, que brillaba intensamente bajo la luz carmesí. Su cabello era negro azabache, largo y trenzado con hilos de plata y pequeñas cuentas de hueso, cayendo pesadamente hasta la mitad de su espalda.

Su rostro era feroz y hermoso: mandíbula fuerte, pómulos altos, labios gruesos y oscuros, y ojos de un marrón casi negro que ardían con sed

de sangre y lujuria. Tenía una cicatriz fina que cruzaba su ceja izquierda, dándole un aspecto aún más salvaje.

Su cuerpo era masivo y voluptuoso. Sus hombros eran anchos, sus brazos fuertes y musculosos por años de combate. Sus pechos eran enormes, pesados y caídos de forma natural, con areolas muy grandes y oscuras del tamaño de monedas grandes, y pezones gruesos y protuberantes que ya estaban completamente erectos. Su abdomen era fuerte, con músculos marcados bajo una suave capa de grasa femenina. Sus caderas eran anchísimas, creando una silueta exagerada y poderosa.

Pero lo que realmente definía a Thalira era su culo y su coño.

Su culo era masivo: nalgas gruesas, carnosas y pesadas que temblaban con cada paso, separadas por una profunda hendidura. Debajo, entre sus muslos poderosos y gruesos, se encontraba su coño legendario. Los labios mayores eran gruesos, carnosos y de un tono morado oscuro, casi

siempre hinchados. Los labios internos eran largos, colgantes y de un rosa intenso.

Y en la parte superior, destacando con orgullo, tenía un clítoris extraordinariamente grande.

El clítoris de Thalira era anormalmente desarrollado: medía casi 4 centímetros cuando estaba completamente hinchado, grueso como el dedo pulgar de un hombre, con forma de pequeño pene. Era de un color rojo oscuro intenso, extremadamente sensible y siempre palpitante. Cuando se excitaba, se hinchaba hasta sobresalir visiblemente entre sus labios, duro como una piedra y goteando constantemente. Thalira era adicta a que se lo chuparan. Podía correrse solo con que se lo succionaran con fuerza, y cuando lo hacía, sus orgasmos eran explosivos: chorros potentes y abundantes de fluidos vaginales que salían a presión como una fuente.

Thalira se acercó a Vespera con pasos pesados, su coño ya brillando de humedad. Su enorme clítoris asomaba claramente, hinchado y palpitante, casi rogando atención.

—Mi Pitonisa… —gruñó Thalira con voz grave y ronca—. Mi clítoris lleva horas hinchado pensando en la guerra. Necesito que me lo chupes… necesito correrme en tu cara antes de matar por ti.

Vespera sonrió con malicia y se arrodilló lentamente frente a la imponente guerrera. Thalira separó sus muslos poderosos, ofreciéndole su coño. El enorme clítoris sobresalía obscenamente, rojo, hinchado y palpitante.

Vespera no se hizo esperar. Sacó la lengua y empezó a lamer lentamente alrededor del glande del clítoris, rodeándolo con movimientos circulares. Thalira soltó un gemido profundo y agarró la cabeza de Vespera con ambas manos.

—Más fuerte… chúpamelo entero —ordenó.

Vespera abrió la boca y se metió todo el clítoris grande dentro, succionándolo con fuerza como si fuera una polla pequeña. Empezó a chupar con hambre, moviendo la cabeza hacia adelante y

atrás, succionando y lamiendo al mismo tiempo. Sus labios rodeaban perfectamente el grueso clítoris mientras su lengua lo azotaba por debajo.

Thalira echó la cabeza hacia atrás y rugió de placer. Sus caderas empezaron a moverse, follándole la boca a Vespera con su clítoris.

— ¡Sí! ¡Así! ¡Chúpamelo más duro, mi puta reina! — gruñó, empujando con más fuerza.

Vespera chupaba con devoción, succionando ruidosamente, babeando profusamente sobre el enorme clítoris. Metía dos dedos en el coño empapado de Thalira, follándola con fuerza mientras seguía chupando y mordiendo suavemente el glande hinchado.

Thalira temblaba. Sus muslos poderosos se tensaban alrededor de la cabeza de Vespera. Su clítoris palpitaba dentro de la boca caliente.

—Estoy cerca… ¡no pares! ¡Quiero explotar en tu cara!

Vespera aceleró, chupando con más fuerza, metiendo tres dedos en el coño de Thalira y

follándola rápido. El clítoris de Thalira se hinchó aún más dentro de su boca, duro como una piedra.

Con un rugido animal, Thalira llegó al orgasmo.

Su cuerpo entero se convulsionó. El primer chorro de fluidos salió con una fuerza brutal, golpeando directamente contra la cara de Vespera. Un chorro largo, caliente y potente que bañó su rostro, ojos, nariz y boca. El segundo chorro fue aún más fuerte, salpicando con violencia. Thalira gritaba y empujaba sus caderas, follando la cara de Vespera mientras eyaculaba chorro tras chorro de los fluidos de su coño hinchado.

Vespera mantuvo la boca abierta, recibiendo los chorros directamente en la lengua y garganta. Los fluidos que brotaban del coño de Thalira eran abundantes y dulces, empapando completamente su cabello, su cara y sus pechos. Chorros continuos salían a presión, uno tras otro, mientras Thalira temblaba y rugía de placer.

Cuando finalmente terminó, Thalira estaba jadeando, con las piernas temblando. Su enorme clítoris seguía palpitando, rojo e hinchado, goteando.

Vespera, con la cara completamente bañada de jugos vaginales, se levantó y besó a Thalira profundamente, compartiendo el sabor de su propio placer.

—Eres perfecta, mi Sangre —susurró Vespera contra sus labios—. Ese clítoris va a ser un arma más contra el Lobo.

Thalira sonrió con ferocidad, aún temblando de placer.

—Cuando llegue… quiero que me lo chupes mientras le corto la garganta. Quiero correrme en tu cara mientras él se desangra.

Capítulo 7: El Rito de la Luna Roja - Parte 4: Elyra, la Susurro

La luna roja ardía en lo alto como un ojo sediento de sangre. Vespera aún tenía el rostro y los pechos cubiertos de los fluidos de Thalira cuando una figura delicada y mortal surgió de las sombras más profundas de la terraza.

Elyra, la Susurro.

Elyra era la encarnación de la belleza letal. Medía 1,70 metros de pura seducción peligrosa. Su piel era de un blanco casi luminoso, suave como la seda más fina, sin una sola imperfección. Su cabello plateado caía como una cascada de luz lunar hasta la mitad de sus muslos, liso, brillante y etéreo. Sus ojos eran de un violeta profundo e hipnótico, capaces de atrapar almas con solo una mirada. Sus labios eran carnosos, naturalmente rosados y siempre entreabiertos, como si estuvieran listos para susurrar pecados.

Sus pechos eran medianos pero perfectos, con forma puntiaguda y pezones largos, sensibles y

de un rosa pálido que se endurecían con facilidad. Su cintura era extremadamente estrecha, creando una silueta imposible. Sus caderas eran suaves y anchas, su culo pequeño, redondo y firme, con nalgas suaves y separadas que terminaban en un ano pequeño, rosado y perfecto. Entre sus muslos, su coño era una joya: labios mayores finos y suaves, labios internos delicados y alargados de un rosa intenso, y un clítoris prominente que se hinchaba con facilidad.

Pero su mayor poder residía en su voz.

Elyra podía encantar a cualquier hombre con solo susurrar. Su voz era como miel envenenada: suave, aterciopelada y absolutamente irresistible.

—Mi Pitonisa… —susurró Elyra, y su voz flotó en el aire como un hechizo.

Vespera sonrió con crueldad y chasqueó los dedos. Dos guardias arrastraron a un hombre capturado: un guerrero enemigo fuerte, musculoso, de unos treinta años, con el torso

desnudo y cubierto de cicatrices. Estaba amordazado y atado de rodillas, pero en cuanto Elyra habló, sus ojos se nublaron de lujuria.

—Acércate… —susurró Elyra suavemente—. Mira mi cuerpo… desea servirme.

El hombre se arrastró hacia ella como un perro hipnotizado, con la verga ya completamente dura y goteando.

Elyra se sentó en el borde del altar de obsidiana y abrió lentamente sus largas piernas, exponiendo su coño reluciente. Su voz siguió envolviéndolo:

—Lámeme… devórame… entrégame todo tu placer.

El guerrero hundió la cara entre sus muslos con desesperación animal. Su lengua entraba y salía del coño de Elyra, chupando sus labios y devorando su clítoris. Elyra gemía con esa voz hipnótica, moviendo las caderas contra su rostro mientras acariciaba su cabello.

Vespera se colocó detrás del hombre, agarró su verga gruesa y empezó a masturbarlo con movimientos lentos y firmes.

—Qué verga tan dura tienes… —susurró Vespera—. Vas a darnos todo… y luego vas a morir por nosotras.

Elyra empezó a susurrar palabras más oscuras mientras el hombre la lamía con frenesí:

—Eres nuestro juguete… vas a hacernos correr… vas a llenarnos… y luego vas a sangrar para nosotras…

Vespera se arrodilló y se metió la verga del guerrero en la boca, chupándola con fuerza mientras Elyra seguía follando su cara. El guerrero gemía contra el coño de Elyra, completamente perdido en el encantamiento.

Elyra aceleró sus movimientos, frotando su coño contra la boca del hombre.

—Estoy cerca… —susurró con voz temblorosa de placer—. Quiero bañarte…

Con un gemido largo y musical, Elyra se corrió.

Su orgasmo fue espectacular. Su coño se contrajo y expulsó un chorro potente, caliente y abundante directamente sobre la cara del guerrero. El chorro fue largo y continuo, bañándole los ojos, la nariz, la boca abierta y el pecho. Elyra seguía gimiendo con esa voz hipnótica mientras eyaculaba sin parar, empapando completamente al hombre. Chorros tras chorros salían a presión, mojándole el cabello, corriendo por su torso y formando un charco debajo de él.

Vespera sacó la verga de su boca y se sentó sobre ella, empalándose profundamente. Empezó a cabalgarlo con movimientos salvajes y brutales mientras Elyra seguía corriéndose en su cara.

— ¡Llename, cerdo! —gruñó Vespera—. ¡Danos tu leche antes de morir!

El guerrero, completamente encantado y ahogado en fluidos, explotó dentro de Vespera con un gemido ahogado. Chorros potentes de semen

caliente inundaron su útero mientras Elyra seguía bañándolo con sus chorros.

En cuanto terminó de correrse, Elyra sonrió con pura maldad.

—Ahora… muere para nosotras.

Con un movimiento fluido, Elyra sacó una daga curva y afilada y cortó la garganta del guerrero de oreja a oreja. La sangre brotó a borbotones, salpicando el rostro y los pechos de Vespera. El hombre se convulsionó, gorgoteando sangre mientras su vida se escapaba.

Vespera y Elyra no perdieron tiempo.

Se arrodillaron sobre el cadáver aún caliente y empezaron a masturbarse furiosamente sobre él.

Vespera frotaba su coño lleno de semen contra el pecho sangrante del muerto, manchándose de sangre y leche. Elyra se sentó directamente sobre la cara del cadáver, frotando su coño contra la boca abierta y la garganta cortada, mezclando sus chorros con la sangre que aún brotaba.

— ¡Sí! ¡Muere por nosotras! —gemía Elyra, corriéndose de nuevo. Otro chorro potente salió disparado, mezclándose con la sangre y salpicando todo.

Vespera también se corrió con violencia, expulsando un chorro mixto de semen y fluidos sobre el abdomen y la verga flácida del cadáver.

Ambas mujeres siguieron frotándose contra el cuerpo sin vida durante varios minutos, riendo con placer sádico mientras sus fluidos y la sangre del hombre se mezclaban en un charco obsceno bajo la luna roja.

Elyra miró a Vespera con ojos violetas brillantes de locura y placer.

—Mi voz los encantará… mis chorros los bañarán… y mi daga los matará lentamente.

Vespera, con el cuerpo cubierto de sangre y semen, sonrió con ferocidad.

—Bienvenida al rito, mi Susurro. Eres perfecta.

Capítulo 7: El Rito de la Luna Roja – Parte 5: Morvanna, la Garra

La luna roja parecía más grande y hambrienta, como si se alimentara de la depravación que se acumulaba en la terraza. Vespera aún tenía el cuerpo manchado de sangre y fluidos de Elyra cuando una figura imponente y salvaje salió de las sombras.

Morvanna, la Garra.

Morvanna era la más feroz y animal de todas las guerreras. Medía 1,78 metros de pura fuerza salvaje. Su piel era de un tono bronceado oscuro, marcada por numerosas cicatrices de batalla que cruzaban sus hombros, abdomen y muslos como trofeos. Su cabello era castaño oscuro, corto y desordenado, con mechones que caían sobre su rostro angular y feroz. Sus ojos eran de un ámbar intenso, casi dorados, con pupilas que se dilataban como las de un depredador.

Su rostro era duro y hermoso: mandíbula cuadrada, pómulos marcados, labios gruesos y

oscuros que siempre mostraban una sonrisa cruel. Tenía una cicatriz que bajaba desde la comisura de su labio hasta la barbilla, dándole un aspecto aún más peligroso.

Su cuerpo era musculoso y voluptuoso al mismo tiempo. Hombros anchos, brazos fuertes y venosos por el combate constante. Sus pechos eran medianos-grandes, firmes y altos, con areolas oscuras y pezones gruesos que siempre estaban erectos. Su abdomen estaba marcado por músculos definidos, con varias cicatrices blancas cruzándolo. Sus caderas eran anchas y poderosas, su culo grande, redondo y extremadamente firme, con nalgas musculosas que se tensaban con cada movimiento.

Entre sus muslos gruesos y poderosos, su coño era grande y carnoso: labios mayores gruesos y oscuros, labios internos largos y colgantes de un rojo intenso, y un clítoris grande y prominente. Su ano era oscuro y experimentado, siempre listo para ser usado con brutalidad.

Morvanna poseía una habilidad mágica aterradora: las Garras del Éxtasis. Podía extender largas uñas negras y afiladas de sus dedos que, al rasgar la piel, inyectaban un veneno mágico que convertía el dolor en un placer insoportable y adictivo. Sus víctimas sangraban mientras suplicaban más, corriéndose una y otra vez incluso mientras morían.

Morvanna se acercó a Vespera con pasos pesados y seguros. Sus ojos ámbar brillaban de pura sed de sangre y lujuria.

—Mi Pitonisa… —gruñó con voz ronca y grave—. Mis garras ya palpitan. Necesito rasgar carne mientras me corro.

Vespera sonrió y chasqueó los dedos. Dos guardias arrastraron a una mujer capturada: una noble de Elyndor traidora, de unos veintiocho años, con cuerpo curvilíneo, pechos grandes y piel clara. Estaba amordazada y atada, pero sus ojos mostraban terror.

Morvanna se acercó a la mujer y extendió sus garras mágicas. Las uñas negras crecieron varios centímetros, afiladas como navajas.

—Desnúdala —ordenó.

Vespera y Morvanna arrancaron la ropa de la prisionera con violencia. Morvanna empujó a la mujer contra el altar y le separó las piernas con brusquedad.

—Susúrrale, Elyra —pidió Morvanna.

Elyra susurró palabras encantadoras y la mujer se relajó, aunque el terror seguía en sus ojos.

Morvanna se arrodilló entre las piernas de la prisionera y empezó a lamerle el coño con hambre. Al mismo tiempo, pasó sus garras por los muslos internos de la mujer, rasgando la piel superficialmente. La prisionera gritó de dolor… pero el grito se convirtió rápidamente en un gemido de placer intenso. El veneno de las garras empezó a hacer efecto.

—Siente cómo el dolor se vuelve placer… —gruñó Morvanna, chupando el clítoris de la mujer mientras la rasgaba más profundo.

La prisionera empezó a convulsionarse, corriéndose violentamente mientras sangraba por los muslos. Morvanna se levantó, su cara cubierta de jugos y sangre, y miró a Vespera.

—Fóllala conmigo.

Vespera se colocó sobre la cara de la mujer y empezó a frotar su coño contra su boca. Morvanna se posicionó entre las piernas de la prisionera y empezó a follarla con fuerza usando un consolador de obsidiana grueso, mientras seguía rasgando su piel con las garras. La mujer se corría sin parar, sangrando y gritando de éxtasis.

Morvanna y Vespera se besaron por encima de la prisionera, compartiendo sangre y fluidos.

—Quiero verla morir mientras nos corremos sobre ella —gruñó Morvanna.

Vespera asintió. Morvanna extendió sus garras al máximo y las clavó profundamente en los pechos de la mujer, rasgando la carne. La prisionera se arqueó en un último orgasmo agonizante. Morvanna le cortó la garganta de un solo movimiento limpio.

La sangre brotó a borbotones, salpicando los cuerpos de ambas.

En cuanto la mujer dejó de moverse, Vespera y Morvanna se arrodillaron sobre el cadáver aún caliente y empezaron a masturbarse con furia.

Vespera frotaba su coño contra los pechos sangrantes de la muerta. Morvanna se sentó sobre la cara del cadáver y frotaba su coño contra la boca abierta y la garganta cortada, mezclando sus fluidos con la sangre fresca.

Ambas se corrieron casi al mismo tiempo con gritos salvajes.

Vespera expulsó chorros potentes de su coño sobre el torso destrozado. Morvanna eyaculó con

fuerza sobre la cara sin vida, su orgasmo mezclándose con la sangre que aún brotaba.

Siguieron frotándose durante varios minutos, riendo con placer sádico, cubriendo el cadáver de fluidos y besándose con violencia por encima del cuerpo sin vida.

Morvanna miró a Vespera con ojos ámbar brillantes.

—Mis garras rasgarán su carne… y mi coño beberá su sangre.

Vespera, con el cuerpo cubierto de sangre y sus propios jugos, sonrió con ferocidad.

—Bienvenida al rito, mi Garra. Eres perfecta.

Capítulo 7: El Rito de la Luna Roja – Parte 6: El Rito Sexual Final

La luna roja había alcanzado su punto más alto y sangriento. Colgaba tan baja y enorme en el cielo que parecía a punto de tocar la terraza de la Torre de las Mil Lunas. Su luz carmesí era tan intensa que bañaba todo con un resplandor infernal, haciendo que la piel, el sudor, la sangre y los fluidos brillaran como si estuvieran vivos.

Vespera se encontraba en el centro del gran altar circular de obsidiana negra, completamente desnuda, con los brazos abiertos hacia la luna. Su cuerpo magnífico brillaba: pechos grandes y pesados subiendo y bajando con fuerza, pezones oscuros y erectos, abdomen plano, caderas anchas y su coño hinchado y chorreando jugos que corrían por sus muslos. Sus ojos negros ardían con un fulgor púrpura intenso.

A su alrededor, formando un círculo perfecto, estaban sus cinco guerreras más letales y devotas: Seraphyx, Nyra, Thalira, Elyra y Morvanna. Todas desnudas, brillantes de sudor,

sangre, semen y sus propios fluidos. Sus cuerpos relucían bajo la luz roja como diosas salvajes listas para la batalla.

—Esta noche —declaró Vespera con voz potente que resonó en la noche—, ofrecemos nuestro placer más salvaje, más sucio y más brutal a la Luna Roja. Que nuestro deseo sea tan fuerte como nuestra sed de victoria. Que nuestro éxtasis alimente el poder que necesitaremos para destrozar al Lobo y su imperio.

— ¡Que así sea! —respondieron las cinco al unísono.

El rito final comenzó con una intensidad abrumadora.

Vespera se tumbó de espaldas en el centro del altar, abriendo las piernas y los brazos en cruz. Las cinco guerreras se lanzaron sobre ella como bestias enloquecidas de lujuria.

Seraphyx y Thalira se apoderaron de sus pechos, chupando, mordiendo y tirando de sus pezones perforados con fuerza salvaje. Nyra se sentó

sobre su rostro, metiendo su verga gruesa y dura hasta el fondo de la garganta de Vespera, follándole la boca con embestidas profundas. Elyra y Morvanna se arrodillaron entre sus piernas abiertas: Elyra devoraba su coño con la lengua, succionando el clítoris, mientras Morvanna le metía cuatro dedos gruesos en el ano, follándola con brutalidad.

Los gemidos, gruñidos y sonidos húmedos de carne y fluidos llenaron la terraza.

Vespera se retorcía de placer bajo la luna, ahogada por la verga de Nyra, mientras su coño y ano eran devastados. Su primer orgasmo llegó rápido y violento. Su coño se contrajo con fuerza y expulsó un chorro potente de líquido que bañó la cara de Elyra y el pecho de Morvanna.

Pero no se detuvieron. Cambiaron de posición constantemente, como en una danza salvaje y obscena.

Vespera se puso a cuatro patas. Seraphyx se colocó debajo de ella y la penetró con un grueso

consolador de obsidiana negra, follándola con fuerza. Morvanna la sodomizó al mismo tiempo con otro consolador aún más grande, estirando su ano al límite. Nyra seguía follándole la boca sin piedad. Thalira se sentó sobre la espalda de Vespera, frotando su enorme clítoris contra su columna mientras le mordía el cuello. Elyra lamía y chupaba todo lo que podía.

Los orgasmos se sucedían sin descanso.

Thalira fue la siguiente en correrse. Su enorme clítoris palpitó y explotó, bañando la espalda y el cabello de Vespera con chorros potentes. Nyra rugió y llenó la garganta de Vespera con chorros espesos y abundantes de semen caliente. Vespera se corrió de nuevo con tanta fuerza que sus chorros salpicaron varios metros, brillando como lluvia carmesí bajo la luna.

La luz roja de la luna empezó a intensificarse. Un aura carmesí envolvió a las seis mujeres, alimentándose de cada orgasmo, de cada gemido, de cada gota de fluidos y sangre.

Cambió la formación. Ahora todas formaron una cadena de placer salvaje.

Vespera cabalgaba la verga de Nyra con movimientos brutales y desesperados, mientras Morvanna la penetraba analmente con un consolador enorme. Thalira se sentó sobre la cara de Vespera, obligándola a chupar su enorme clítoris hinchado. Seraphyx y Elyra se frotaban contra los cuerpos de las demás, besándose, mordiéndose y lamiéndose los pechos y coños.

Los orgasmos se volvieron casi continuos. Chorros de fluidos, semen y saliva volaban por todas partes. La terraza se convirtió en un charco resbaladizo. Los gritos y gemidos se mezclaban con el sonido húmedo de carne golpeando carne.

— ¡Siento el poder! —gritó Vespera, con la voz distorsionada por el placer extremo—. ¡La luna nos está llenando!

El clímax final llegó cuando las seis formaron un círculo perfecto alrededor del altar, todas

tocándose, frotándose y penetrándose entre sí bajo la luz directa de la luna.

Vespera estaba en el centro, de rodillas, rodeada por sus guerreras. Todas se masturbaban frenéticamente, frotando sus coños, la verga de Nyra y sus pechos contra el cuerpo de Vespera.

— ¡Ahora! —ordenó Vespera con un grito—. ¡Démosle todo a la luna!

Las seis mujeres llegaron al orgasmo simultáneo más poderoso de sus vidas.

Un coro de gritos salvajes y guturales rasgó la noche.

Vespera se corrió con una violencia sobrenatural, expulsando chorros largos y potentes que salpicaron a todas. Nyra rugió y eyaculó chorros espesos y abundantes de semen sobre los pechos y el rostro de Vespera. Thalira eyaculó con fuerza sobre la cara de su Pitonisa, bañándola con sus fluidos. Seraphyx, Elyra y Morvanna también se corrieron con intensidad, cubriendo el cuerpo de Vespera con sus jugos.

La luz roja de la luna se volvió cegadora. Un pilar de energía carmesí descendió desde el cielo y envolvió a las seis mujeres. Sus cuerpos se arquearon, temblando de éxtasis y poder. El aura mágica las penetró hasta lo más profundo, multiplicando su fuerza, su crueldad, su lujuria y su magia.

Cuando la luz finalmente disminuyó, las seis guerreras quedaron de rodillas, jadeando, cubiertas de fluidos y brillando con un resplandor rojo sobrenatural.

Vespera se levantó lentamente. Sus ojos eran ahora completamente rojos, brillando con poder divino. Su cuerpo se sentía más fuerte, más sensible, más letal. Miró a sus guerreras con una sonrisa feroz y triunfante.

—Ahora estamos bendecidas por la Luna Roja.

—Nuestro placer se ha convertido en poder.

—Que Valthorak venga con sus ejércitos.

—Que venga el Lobo.

—Vamos a destrozarlo… a follarlo… a bañarnos en su sangre… y a correrno sobre las ruinas de su imperio.

Las cinco guerreras se levantaron, con los ojos brillando del mismo rojo intenso, listas para la guerra.

La luna roja pareció sonreír sobre ellas, satisfecha con el sacrificio más salvaje y hermoso que había recibido en siglos.

El rito había terminado.

La verdadera guerra estaba a punto de comenzar.

Capítulo 8: La Marcha del Lobo

El ejército de Valthorak era una mancha negra que devoraba el horizonte. Diez mil hombres, bestias y máquinas de guerra avanzaban como una plaga viviente bajo estandartes negros con lobos rojos. El suelo temblaba bajo el peso de los cascos, las ruedas de las catapultas y los gritos de los prisioneros encadenados que arrastraban como ganado.

Al frente de todo, montado sobre un gigantesco caballo de guerra negro llamado Devorador, cabalgaba Rey Valthorak. Su armadura oscura estaba salpicada de sangre seca, su capa de piel de lobo ondeaba al viento y su enorme verga, semierecta por la excitación constante de la marcha, se marcaba claramente bajo sus pantalones de cuero.

A su lado cabalgaban Lirael, Elowen y Lysandra, vestidas solo con capas ligeras que apenas cubrían sus cuerpos desnudos.

Primera Noche de Marcha

Apenas el sol se ocultó tras las montañas negras, Valthorak levantó la mano y ordenó detener al ejército. Diez mil hombres, bestias y máquinas de guerra se detuvieron como una marea oscura junto a un pequeño pueblo llamado Aldea de los Sauces.

—Saqueadlo todo —ordenó con voz ronca—. Quemadlo. Violen a quien quieran. Que solo queden cenizas y gritos.

Mientras sus soldados se lanzaban como lobos hambrientos sobre el pueblo, Valthorak desmontó y entró en su enorme tienda real de pieles negras, montada en lo alto de una colina desde donde se podía ver todo el saqueo.

Dentro de la tienda, iluminada por braseros rojos, la orgía comenzó casi de inmediato.

Valthorak se sentó en su trono portátil de madera negra y hueso, con las piernas abiertas de par en par. Su verga monstruosa de

veinticuatro centímetros ya estaba completamente dura, gruesa, venosa y palpitante.

Lirael, convertida en la más depravada y sanguinaria de todas, fue la primera en acercarse. Gateó hasta él como una perra en celo, con los ojos brillantes de locura y lujuria. Se subió sobre el Rey, agarró su verga gruesa con ambas manos y se empaló de un solo golpe brutal hasta el fondo.

— ¡Aaaahhh, sí, mi Rey! —gritó con voz rota de placer—. ¡Fóllame mientras tu ejército destruye todo ahí afuera! ¡Quiero sentir cómo me rompes mientras ellos violan y queman!

Lirael empezó a cabalgarlo con furia salvaje, subiendo y bajando con fuerza, haciendo que sus tetas grandes y pesadas rebotaran violentamente. Su coño empapado tragaba toda la longitud de la verga con sonidos húmedos y obscenos.

Elowen se arrodilló detrás de Lirael y separó sus nalgas, metiendo la lengua profundamente en su

ano mientras Valthorak la penetraba por el coño. Lysandra se sentó sobre el rostro del Rey, frotando su coño chorreante contra su boca y barba, gimiendo mientras él le devoraba el clítoris.

Valthorak gruñía como una bestia, embistiendo hacia arriba con fuerza brutal. Levantaba a Lirael casi por completo con cada golpe solo para clavarla de nuevo hasta el fondo. Sus huevos pesados golpeaban contra el culo de ella con sonidos fuertes y húmedos.

— ¡Más duro, mi Rey! —suplicaba Lirael, moviendo las caderas con desesperación—. ¡Quiero que me llenes mientras afuera las mujeres gritan!

Fuera de la tienda, el infierno era total. Los soldados arrastraban a las aldeanas por el cabello, las ponían contra las paredes en llamas y las violaban sin piedad. Se oían gritos desgarradores mezclados con risas brutales. Algunas mujeres eran obligadas a arrodillarse para chupar vergas mientras sus casas ardían detrás de ellas. Otras eran folladas en grupo

sobre el suelo, con semen chorreando de sus cuerpos mientras el pueblo se consumía en llamas.

Dentro, Valthorak aceleró sus embestidas. Agarró las caderas de Lirael con sus manos enormes y la folló como un animal. Lirael se corrió con un grito agudo, su coño contrayéndose violentamente alrededor de la verga del Rey mientras expulsaba chorros de líquido que bañaban los huevos de Valthorak y la cara de Elowen.

Valthorak rugió y se corrió con fuerza brutal. Chorros potentes, calientes y espesos inundaron el útero de Lirael, llenándola hasta rebosar. Cuando sacó su verga, un torrente blanco y espeso salió a borbotones del coño abierto de Lirael, chorreando por sus muslos.

Lirael no perdió tiempo. Se giró rápidamente, se puso de rodillas y se tragó toda la verga sucia, chupándola con hambre salvaje, limpiando su propia crema mezclada con semen. Elowen y Lysandra se unieron, lamiendo los restos que

caían por los muslos de Lirael y los huevos del Rey.

La noche continuó durante horas sin descanso.

Valthorak folló a las tres mujeres sin piedad, cambiando de agujero y de posición constantemente. Follo a Elowen por el ano mientras Lirael le lamía los huevos. Penetró a Lysandra por la boca mientras Lirael y Elowen se besaban y frotaban sus coños entre sí. Se corrió seis veces esa noche: llenando coños, anos y gargantas con su semen espeso y abundante.

En uno de los momentos más salvajes, tuvo a las tres mujeres arrodilladas frente a él. Las tres abrían la boca mientras él se masturbaba su verga enorme. Se corrió con un rugido, bañando sus rostros, tetas y cabellos con chorros largos y potentes de semen caliente.

Fuera, los gritos del pueblo continuaban. Dentro, solo se escuchaban gemidos, golpes húmedos de carne y el sonido obsceno de fluidos.

Valthorak, aún con la verga dura y goteando, miró a sus tres favoritas cubiertas de semen y sonrió con crueldad.

—Esto es solo el comienzo —gruñó—. Cuando lleguemos a Elyndor, voy a follar a esa bruja de la misma forma… y vosotras vais a ayudarme a romperla.

Lirael, con la cara cubierta de semen, sonrió con pura maldad.

—Quiero ser yo quien le sostenga las piernas abiertas mientras la destrozas, mi Rey.

La primera noche de marcha terminó con la tienda oliendo a sexo puro y el pueblo convertido en ruinas humeantes.

El Lobo y su manada seguían avanzando.

Segunda Noche de Marcha

Al segundo día de marcha, el ejército de Valthorak había dejado un rastro de destrucción humeante a su paso. Aldeas enteras reducidas a cenizas, cuerpos colgados de los árboles y mujeres violadas y abandonadas en los caminos.

Esa noche, Valthorak decidió no acampar. Ordenó que el ejército continuara avanzando bajo la luz de la luna mientras él cabalgaba al frente sobre su enorme caballo de guerra negro, Devorador.

Lirael iba montada delante de él, completamente desnuda salvo por una capa negra que apenas cubría sus hombros. Su espalda estaba pegada al pecho ancho y velludo del Rey.

Sin decir una palabra, Valthorak apartó la capa, agarró su verga gruesa y dura y la presionó contra el ano de Lirael.

—Ábrete —gruñó.

Lirael arqueó la espalda y empujó hacia atrás. Con un gemido largo y obsceno, la enorme verga del Rey entró lentamente en su ano, centímetro a

centímetro, hasta que estuvo completamente enterrada. El movimiento del caballo hacía que la verga entrara y saliera con cada paso, follándola profundamente sin que Valthorak tuviera que moverse.

— ¡Dioses…! —gimió Lirael, agarrándose a las crines del caballo—. Me estás abriendo el culo con cada paso…

Valthorak la sujetó firmemente por las caderas y empezó a embestir hacia arriba, sincronizándose con el trote del caballo. Cada paso del animal impulsaba su verga aún más profundo en el ano de Lirael. Sus huevos pesados golpeaban contra el coño empapado de ella.

Elowen y Lysandra cabalgaban a ambos lados, desnudas sobre sus caballos. Elowen se masturbaba mientras observaba, metiendo dos dedos en su coño. Lysandra se inclinaba hacia Lirael y le chupaba los pezones con fuerza, mordiéndolos hasta hacerla sangrar ligeramente.

—Más duro, mi Rey —suplicaba Lirael, empujando su culo hacia atrás—. Quiero que me destroces el ano mientras marchamos hacia esa puta bruja.

Valthorak aceleró el ritmo. Agarró los pechos de Lirael con sus manos enormes y la follaba con embestidas brutales, levantándola casi por completo para luego clavarla hasta el fondo. El sonido húmedo y obsceno de su verga entrando y saliendo del ano de Lirael se mezclaba con los relinchos de los caballos y los gritos lejanos de los pueblos que ardían a su paso.

Lirael se corrió con violencia. Su ano se contrajo alrededor de la verga del Rey y expulsó chorros de de fluidos vaginales, producto de su fuerte orgasmo, que salpicaban los costados del caballo. Valthorak rugió y se corrió dentro de su ano, inundándolo con chorros potentes y espesos de semen caliente. Cuando sacó su verga, un torrente blanco y espeso salió a borbotones del ano abierto de Lirael, chorreando por sus muslos y cayendo sobre el lomo del caballo.

Sin darle descanso, Valthorak ordenó detener la marcha por unos minutos.

Bajó a Lirael del caballo y la puso a cuatro patas sobre la hierba. Se arrodilló detrás de ella y le metió la verga todavía sucia directamente en el coño, follándola con renovada furia. Elowen se colocó delante de Lirael y le abrió las piernas, obligándola a lamerle el coño. Lysandra se sentó sobre la espalda de Lirael y empezó a frotar su coño contra ella.

Mientras tanto, a poca distancia, un grupo de soldados había capturado a varias mujeres del último pueblo. Las tenían arrodilladas junto al camino, obligándolas a chupar vergas mientras otros las follaban por detrás. Los gritos y llantos se mezclaban con las risas brutales de los hombres.

Valthorak seguía follando a Lirael sin piedad, cambiando de agujero cada pocos minutos: coño, ano, boca. Se corrió tres veces más en esa parada corta, llenando cada orificio de Lirael con su semen espeso.

Cuando reanudaron la marcha, Lirael iba sentada de lado sobre el caballo, con la cabeza apoyada en el pecho de Valthorak, goteando semen por el ano y el coño.

—Quiero que hagamos lo mismo con Vespera —susurró Lirael, aún temblando de placer—. Quiero que la folles sobre tu caballo mientras marchamos hacia su torre… y que yo le chupe el clítoris mientras la llenas.

Valthorak sonrió con crueldad y le apretó una teta con fuerza.

—Así será, mi puta sangrienta. Así será.

La segunda noche continuó con el ejército avanzando en la oscuridad, dejando solo ruinas y desesperación a su paso.

Tercera Noche de Marcha

La tercera noche fue la más oscura y depravada hasta el momento.

El ejército acampó junto a las ruinas de un monasterio abandonado. El aire olía a humo, sangre y carne quemada. Valthorak ordenó que trajeran a las prisioneras más jóvenes y hermosas que habían capturado durante el día: diez mujeres y tres hombres, todos desnudos y atados.

Dentro de la enorme tienda real, iluminada por braseros que proyectaban sombras demoníacas, Valthorak se sentó en su trono de hueso. Su verga monstruosa ya estaba completamente erecta, palpitando de anticipación.

Lirael fue la primera en actuar, más sanguinaria y depravada que nunca.

Arrastró a una joven prisionera de unos diecinueve años hasta el centro de la tienda y la obligó a arrodillarse. Con una daga curva, Lirael le hizo un corte superficial en cada pecho, dejando

que la sangre corriera por su torso. Luego se sentó sobre el rostro de la chica y empezó a frotar su coño contra su boca mientras lamía la sangre de sus heridas.

—Lame, puta —gruñó Lirael—. Mientras mi Rey te usa.

Valthorak se levantó, agarró a la prisionera por las caderas y le metió toda su verga de un solo golpe brutal en el coño virgen. La chica gritó contra el coño de Lirael, pero esta solo presionó más fuerte, ahogándola mientras se corría por primera vez.

Elowen y Lysandra no se quedaron atrás. Elowen tomó a uno de los prisioneros hombres y le cortó ligeramente el pecho, lamiendo la sangre mientras le chupaba la verga. Lysandra se dedicó a azotar a las otras mujeres con un látigo de cuero con puntas metálicas, dejando marcas rojas en sus pieles antes de obligarlas a lamerle el coño.

Valthorak follaba a la primera prisionera con furia animal, rompiéndole el coño mientras Lirael le cortaba más superficialmente los pechos y lamía la sangre. La chica se convulsionaba entre dolor y placer forzado.

—Quiero que sangren mientras las follamos — dijo Lirael con voz excitada y cruel—. Quiero correrme sobre su sangre.

Valthorak rugió y se corrió dentro de la prisionera, llenándola de semen espeso. En cuanto sacó su verga, Lirael se agachó y empezó a lamer el semen mezclado con sangre que salía del coño destrozado de la chica.

La depravación escaló rápidamente.

Valthorak ordenó que ataran a dos prisioneras boca arriba sobre una mesa. Les abrió las piernas al máximo y las folló alternadamente, primero por el coño, luego por el ano. Mientras las penetraba, Lirael les cortaba los pezones con una daga afilada y se los metía en la boca a las chicas para que los tragaran.

— ¡Trágatelo, zorra! —gritaba Lirael, masturbándose con una mano mientras cortaba.

Elowen y Lysandra traían más prisioneras. Obligaban a las mujeres a lamer la sangre y el semen del suelo mientras Valthorak las follaba por detrás. En un momento especialmente sangriento, Valthorak tomó a una de las prisioneras, la puso a cuatro patas y le cortó la garganta mientras la follaba por el ano. La chica se convulsionó en sus últimos segundos de vida, su ano apretando la verga del Rey mientras él se corría dentro de ella.

Lirael se excitó tanto que se corrió solo de verlo, frotando su coño contra el cadáver aún caliente.

La orgía se volvió una carnicería sexual.

Valthorak follaba, cortaba, mordía y destruía. Se corrió nueve veces esa noche, llenando coños, anos y bocas, mezclando su semen con sangre fresca. Lirael fue la más salvaje: cortaba, lamía sangre, obligaba a las prisioneras a beber semen

mezclado con sangre y se corría una y otra vez sobre los cuerpos agonizantes.

Al final de la noche, el suelo de la tienda estaba cubierto de sangre, semen, orgasmos femeninos y cuerpos sin vida o semi-vivos. Valthorak, Lirael, Elowen y Lysandra yacían en medio de la carnicería, cubiertos de fluidos y sangre, respirando agitadamente.

Lirael, con la cara y los pechos manchados de sangre, se subió sobre Valthorak y le susurró al oído mientras le masturbaba la verga todavía dura:

—Cuando lleguemos a Elyndor… quiero que hagamos esto con Vespera y todas sus sacerdotisas. Quiero cortarla lentamente mientras tú la follas… y quiero beber su sangre mientras te corres dentro de ella.

Valthorak sonrió con pura maldad, apretando el culo ensangrentado de Lirael.

—Así será, mi reina sangrienta.

Fuera de la tienda, el campamento seguía lleno de gritos lejanos. El ejército entero celebraba a su manera: violando, torturando y quemando todo lo que encontraban.

La marcha continuaba.

Y Elyndor cada vez estaba más cerca.

Cuarta Noche de Marcha – Bajo la Luna Llena

La cuarta noche fue distinta. El ejército acampó en las colinas negras que dominaban el valle, tan cerca de Elyndor que las murallas y la Torre de las Mil Lunas ya se veían claramente a lo lejos, brillando bajo la luz plateada de la luna llena. El aire estaba cargado de magia antigua, electricidad y deseo.

Valthorak ordenó levantar su tienda real en la cima más alta, completamente abierta hacia el cielo para que la luna llena los bañara sin obstáculos. Esa noche no habría prisioneros ni saqueos salvajes. Esa noche era un ritual de poder. Iba a absorber la fuerza oscura de la noche, el brillo frío de las estrellas y la energía salvaje de la luna llena a través de la carne, los fluidos y el placer más intenso.

Dentro de la tienda, iluminada solo por la luz plateada que entraba desde arriba, Valthorak estaba de pie, completamente desnudo. Su cuerpo colosal brillaba como si estuviera esculpido en mármol y sangre. Su verga

monstruosa de veinticuatro centímetros se erguía dura, gruesa y palpitante, goteando abundante pre-eyaculación que caía al suelo en hilos espesos.

A su alrededor, hambrientos y desnudos, estaban sus cinco favoritos:

Lirael, la más sanguinaria y adicta.

Seraphine, la reina viuda completamente rota y convertida en puta leal.

Lysandra, la princesa que ahora solo vivía para su semen.

Elowen, la ninfómana insaciable.

Kael, el príncipe convertido en mascota sexual hambrienta.

—Esta noche —dijo Valthorak con voz grave y resonante— nos vamos a devorar. Vamos a bebernos los fluidos, a llenarnos de semen, a

correrernos hasta que la luna misma nos llene de poder. Que nuestros cuerpos se conviertan en el canal de la oscuridad.

El ritual comenzó con hambre voraz.

Lirael fue la primera en lanzarse. Se arrodilló frente a Valthorak y se tragó su verga hasta el fondo de la garganta en un solo movimiento, ahogándose y babeando profusamente mientras lo chupaba con desesperación. Seraphine se colocó detrás de él y empezó a lamerle el ano con devoción, metiendo la lengua lo más profundo posible. Lysandra y Elowen se arrodillaron a los lados, lamiendo y chupando sus huevos pesados. Kael se metió debajo y empezó a lamer el perineo y los huevos desde abajo.

Valthorak gruñó de placer, agarrando la cabeza de Lirael y follándole la garganta con embestidas profundas. La luz de la luna se intensificó, como si respondiera a su lujuria.

—Bebedme… —gruñó—. Bebed todo de mí.

Cambió de posición. Se tumbó de espaldas y ordenó que se subieran sobre él. Lirael se empaló en su verga con un gemido salvaje, cabalgándolo con furia, sus tetas rebotando violentamente. Seraphine se sentó sobre su rostro, frotando su coño empapado contra su boca. Elowen y Lysandra se besaban y frotaban sus coños contra los muslos del Rey mientras Kael chupaba la verga de Valthorak cada vez que salía del coño de Lirael.

Los gemidos llenaban la tienda. Los cuerpos se movían con hambre insaciable. Lirael cabalgaba más rápido, apretando su coño alrededor de la verga gruesa. Seraphine se corrió primero, inundando la boca de Valthorak con chorros potentes de sus jugos vaginales. Valthorak tragaba todo, gruñendo contra su coño.

Luego vino el turno de Elowen. Se sentó sobre la verga de Valthorak mientras Lirael se colocaba sobre su cara. Lysandra y Seraphine se besaban y chupaban los pechos de las demás. Kael lamía todo lo que podía: coños, anos, verga y huevos.

Valthorak se corrió por primera vez dentro del coño de Elowen, llenándola con chorros calientes y abundantes. En cuanto sacó su verga, Lirael se abalanzó y chupó el semen que salía del coño de Elowen, tragándolo con avidez.

La noche se volvió más salvaje.

Valthorak los folló a todos sin descanso. Penetró el ano de Lirael mientras esta chupaba la verga de Kael. Folló a Seraphine por el coño mientras Lysandra le lamía el clítoris. Elowen cabalgaba su rostro y Kael era penetrado por Valthorak mientras las mujeres lo azotaban y mordían.

Cada orgasmo era más intenso. Chorros de fluidos de coños hinchados salpicaban los cuerpos. Semen espeso chorreaba de coños y anos. Todos bebían, lamían y tragaban con hambre insaciable. La luz de la luna se volvía más brillante con cada corrida, envolviéndolos en un aura plateada y negra.

En el clímax final, Valthorak los colocó a los cinco de rodillas bajo la luz directa de la luna llena.

Lirael, Seraphine, Lysandra, Elowen y Kael abrieron la boca con devoción absoluta, sacando la lengua. Valthorak se masturbó su verga enorme, gruñendo como un dios.

Con un rugido que retumbó en la noche, se corrió con fuerza sobrenatural. Chorros largos, espesos y potentes salieron disparados, bañando los rostros, pechos, cabellos y lenguas de los cinco. Chorros interminables que los cubrieron por completo, goteando desde sus barbillas y cayendo sobre sus cuerpos.

Al mismo tiempo, los cinco se corrieron violentamente. Chorros que salían de los coños rojizos salpicaron el suelo y el cuerpo de Valthorak. Kael eyaculó sobre el pecho de Lirael. Todos gemían y temblaban, bebiendo y lamiendo el semen del Rey con desesperación.

La luz de la luna se volvió cegadora. Un pilar de energía plateada y negra descendió y los envolvió. Sus cuerpos se arquearon en éxtasis. El poder oscuro de la noche, el brillo de las estrellas y la

fuerza salvaje de la luna llena entraron en ellos, multiplicando su fuerza, su lujuria y su crueldad.

Cuando la luz disminuyó, Valthorak y sus cinco favoritos quedaron jadeando, cubiertos de semen, fluidos vaginales y sudor, brillando con un aura poderosa.

Valthorak miró hacia las murallas lejanas de Elyndor y sonrió con ferocidad.

—Mañana… —gruñó— Elyndor arderá.

Lirael, con el rostro cubierto de semen, se lamió los labios y susurró:

—Y nosotros nos bañaremos en su sangre y en su placer.

La cuarta noche terminó con los seis cuerpos entrelazados bajo la luna llena, cargados con el poder de la oscuridad.

La última marcha hacia Elyndor estaba a punto de comenzar.

Quinta Noche – La Llegada a Elyndor

Al quinto día, cuando el sol se ocultaba tras las montañas negras, el ejército de Valthorak llegó finalmente a las colinas que dominaban el valle de Elyndor. Desde esa posición elevada, el reino de las Sombras Veladas se extendía ante ellos como una joya envuelta en niebla plateada.

Valthorak detuvo su caballo en la cima más alta. A su lado estaban Lirael, Seraphine, Lysandra, Elowen y Kael. Todos observaban en silencio las murallas lejanas y la imponente Torre de las Mil Lunas que se alzaba en el centro como un dedo desafiante hacia el cielo.

No hubo palabras innecesarias. Esa noche era para la estrategia.

Valthorak desmontó y extendió un gran mapa de Elyndor sobre una mesa de campaña. La luz de las antorchas y la luna llena iluminaban sus rostros endurecidos.

—Hablemos de cómo vamos a romper este reino —dijo con voz grave y fría.

Lirael fue la primera en hablar. Sus ojos brillaban con crueldad pura.

—Las murallas del norte son las más débiles. Propongo que enviemos tres mil hombres con arietes y fuego negro para atraer su atención principal. Mientras ellos defienden el norte, nosotros atacaremos por el sur y el este simultáneamente. Quiero que cortemos sus rutas de suministro y quememos los campos de cultivo. Que se mueran de hambre antes de que caigan las murallas.

Seraphine, la reina viuda, habló con voz calmada pero letal:

—Los túneles subterráneos que conectan los templos exteriores con la ciudad son clave. Elowen y yo podemos liderar un grupo pequeño de infiltrados. Entraremos por los túneles, envenenaremos los depósitos de agua y asesinaremos a los sacerdotes y nobles de alto rango durante la noche. Sin líderes, el caos será mayor.

Elowen sonrió con malicia, señalando un punto en el mapa.

—Los bosques del oeste son densos. Podemos esconder allí a dos mil arqueros y lanceros. Cuando comience el ataque principal, saldrán por la retaguardia y cortarán cualquier intento de huida. Quiero que nadie escape. Que todo Elyndor quede atrapado como ratas en una jaula.

Lysandra, que había aprendido bien la lección de la crueldad, propuso:

—Usemos a los prisioneros que hemos traído como escudos humanos. Los pondremos en las primeras líneas. Si Elyndor quiere disparar, que maten primero a su propia gente. Eso romperá su moral antes de que caiga la primera muralla.

Kael, aunque convertido en mascota, había desarrollado una mente estratégica fría y calculadora. Señaló la Torre de las Mil Lunas.

—La torre es el corazón de su poder. Propongo que mientras atacamos las murallas, un grupo élite suba por la cara norte, que es la menos

vigilada. Yo mismo lideraré ese grupo. Cortaremos su conexión con la fuente mágica principal. Sin la torre, su magia se debilitará.

Valthorak escuchaba con atención, asintiendo lentamente. Sus ojos grises brillaban con aprobación.

—Bien —dijo finalmente—. Esto es lo que haremos:

Yo lideraré el ataque principal por el norte con cuatro mil hombres y las máquinas de asedio.

Lirael comandará el flanco sur y se encargará de quemar los campos y aldeas exteriores.

Seraphine y Elowen entrarán por los túneles con doscientos infiltradores.

Lysandra se quedará en la retaguardia controlando los prisioneros y las reservas.

Kael liderará el grupo que subirá a la torre.

Valthorak clavó su daga en el centro del mapa, justo sobre la Torre de las Mil Lunas.

—Mañana al amanecer comenzamos. No habrá piedad. No habrá negociación. Quiero que Elyndor entienda desde el primer momento que han venido a morir.

Lirael sonrió con ferocidad, pasando un dedo por el mapa como si ya estuviera cortando gargantas.

—Quiero que cuando caiga la torre, Vespera esté viva. La quiero para nosotros.

Seraphine añadió con voz suave pero helada:

—Y quiero que sus sacerdotisas sean colgadas de las murallas como advertencia.

Elowen rio bajito.

—Que vean cómo arde su paraíso.

Kael solo asintió, con los ojos fríos.

Lysandra susurró:

—Que no quede nada vivo que no nos pertenezca.

Valthorak miró una última vez hacia las murallas lejanas de Elyndor, iluminadas por la luna llena.

—Mañana —dijo con voz profunda y siniestra— este reino dejará de existir.

Los cinco se quedaron en silencio, observando la ciudad lejana. La luna llena brillaba sobre ellos como un testigo silencioso de la masacre que estaba por venir.

No había prisa.

No había misericordia.

Solo estrategia fría y un hambre voraz de destrucción.

La marcha del Lobo había terminado.

La caída de Elyndor estaba a punto de comenzar.

Capítulo 9: La Preparación de Elyndor

La noticia corrió como fuego por las calles envueltas en niebla de Elyndor: el Lobo se acercaba. Sus ejércitos ya estaban a menos de un día de marcha.

En la cima de la Torre de las Mil Lunas, Vespera reunió a sus cinco guerreras más poderosas y a los líderes del reino en la Sala del Ojo de Obsidiana. La gran sala circular estaba iluminada solo por la luz púrpura de cristales flotantes y la luna roja que aún teñía el cielo.

Vespera estaba de pie en el centro, vestida con una armadura ligera de seda negra y plata que apenas cubría su cuerpo. Su expresión era fría, calculadora y despiadada.

—Tenemos muy poco tiempo —dijo con voz firme—. El Lobo no viene a conquistar. Viene a destruir y a poseer. No le daremos ninguna de las dos cosas.

Comenzaron los preparativos con precisión militar y magia oscura.

Primera medida: Las Barreras Mágicas

Elyra, la Susurro, tomó la palabra:

—He reforzado las murallas con cantos de protección. Cualquiera que toque las piedras sin permiso sentirá un dolor tan intenso que preferirá cortarse las manos. Además, he tejido ilusiones en la niebla: quien mire hacia nuestras murallas verá solo bosque vacío. Que se confíen.

Nyra, la Sombra, añadió:

—He colocado trampas en todos los túneles subterráneos. Cualquier intruso activará nubes de gas alucinógeno que los hará atacarse entre sí. También he envenenado tres de los cuatro depósitos de agua principales. El cuarto lo dejaremos limpio… para que crean que es seguro.

Segunda medida: La Defensa de las Murallas

Seraphyx, la Llamarada, desplegó un mapa sobre la mesa.

—He ordenado llenar las murallas de calderos con aceite negro mezclado con mi fuego mágico. En cuanto intenten escalar, les lanzaremos fuego que no se apaga ni con agua. He colocado también arqueros élite cada veinte metros, con flechas envenenadas con sangre de víbora lunar.

Thalira, la Sangre, sonrió con ferocidad:

—Mis guerreras y yo defenderemos la puerta sur. Hemos cavado fosas llenas de estacas y sangre de cerdo para atraer bestias. Si logran acercarse, los recibiremos con hachas y mi clítoris sediento de victoria.

Tercera medida: El Poder de la Torre

Vespera levantó las manos y proyectó una imagen mágica en el centro de la sala: un escudo púrpura envolviendo toda la ciudad.

—He activado el Corazón de Obsidiana. Mientras la torre permanezca en pie, ningún ejército podrá romper nuestras barreras principales. He sacrificado a veinte vírgenes esta tarde para fortalecer el hechizo. Su sangre aún corre por los canales de la torre.

Morvanna, la Garra, habló con voz ronca:

—He preparado a mis asesinas. Entraremos en su campamento esta misma noche. Mataré a sus generales, cortaré tendones, envenenaré comida y castraré a quien pueda. Quiero que lleguen a nuestras murallas ya debilitados y aterrorizados.

Cuarta medida: La Estrategia Personal de Vespera

Vespera caminó lentamente alrededor de la mesa, mirando a cada una de sus guerreras.

—Cuando el Lobo llegue, no lo enfrentaremos solo con acero. Usaremos su propia lujuria en su contra. He preparado un ritual de atracción. Si logra acercarse a la torre, lo haré desearme tanto que pierda el control. Entonces lo atraparemos vivo.

Lirael no estaba presente, pero Vespera sonrió con crueldad al pensar en ella.

—Quiero que capturen a sus favoritas. Especialmente a esa perra llamada Lirael. La quiero viva. Voy a hacerle cosas que ni el propio Lobo imaginaría.

Las guerreras asintieron con determinación.

Últimos preparativos

Durante toda la noche, Elyndor se preparó como nunca antes:

Se reforzaron las murallas con magia de sangre.

Se distribuyeron pociones de fuerza y resistencia a los soldados.

Se evacuaron a los niños y ancianos hacia los refugios subterráneos más profundos.

Se colocaron trampas mágicas alrededor de la ciudad: ilusiones que mostraban caminos falsos, niebla que hacía perder la orientación y cristales que explotaban al contacto con metal enemigo.

Vespera y sus guerreras realizaron un último ritual menor en la cima de la torre, cortándose las palmas y mezclando su sangre para sellar un juramento de victoria o muerte.

Al amanecer, Vespera se encontraba en el balcón más alto de la Torre de las Mil Lunas, mirando hacia el horizonte donde se veía el polvo levantado por el ejército enemigo.

Su cabello negro ondeaba con el viento. Su cuerpo estaba cubierto solo por una capa ligera. Entre sus piernas, su coño aún palpitaba por el ritual de la noche anterior.

—Ven, Lobo —susurró al viento con una sonrisa peligrosa—. Ven a intentar romperme.

—Te estaré esperando… bien abierta, mojada y lista para destruirte.

Elyndor estaba preparado.

Las murallas brillaban con magia. Los templos latían con poder. Las guerreras afilaban sus armas y sus deseos.

La ciudad de las Sombras Veladas no pensaba arrodillarse.

Iba a luchar.

Y pensaba disfrutar cada segundo de la batalla.

Capítulo 10: La Destrucción de Elyndor

El amanecer llegó teñido de sangre.

Desde las colinas negras, el ejército de Valthorak descendió como una avalancha de muerte. Diez mil guerreros, bestias de guerra y máquinas de asedio avanzaron bajo los estandartes del lobo rojo, rugiendo con sed de destrucción.

Valthorak iba al frente, montado sobre Devorador, su enorme caballo negro. Su armadura oscura estaba salpicada de sangre seca de los días anteriores. A su lado cabalgaban Lirael, Seraphine, Lysandra, Elowen y Kael, con los ojos brillando de crueldad.

— ¡Rompedlo todo! —rugió Valthorak—. ¡No dejéis nada vivo!

El primer golpe fue contra las murallas norte.

Los calderos de aceite negro y fuego mágico de Seraphyx cayeron sobre los atacantes, quemando vivos a cientos de soldados. Gritos

desgarradores llenaron el aire mientras la carne se derretía y los huesos quedaban al descubierto. Pero Valthorak no se detuvo. Ordenó avanzar las torres de asedio y los arietes reforzados. Bloques de piedra encantados apagaron las llamas mágicas. Las murallas fueron golpeadas una y otra vez hasta que enormes grietas aparecieron.

Lirael lideró el asalto personal. Subió por una escalera bajo una lluvia de flechas, cortando gargantas y abriendo vientres con su daga curva. Un defensor le clavó una lanza en el hombro. Ella solo rio, arrancó la lanza y se la clavó en la boca al hombre, retorciéndola hasta que la sangre salpicó su rostro.

Las murallas norte cayeron en menos de una hora. Miles de soldados de Valthorak entraron como una marea negra, matando todo lo que se movía.

La Caída de los Túneles

Seraphine y Elowen intentaron defender los túneles subterráneos con gas alucinógeno y trampas. Pero Kael y un grupo élite entraron por

un pasaje secreto. Mataron a los guardianes en la oscuridad, cortando gargantas y abriendo pechos. La sangre corría por los túneles como ríos. Los defensores que inhalaron el gas se volvieron locos y se atacaron entre sí, desgarrándose con uñas y dientes. Kael salía cubierto de sangre ajena, con una sonrisa fría.

La Masacre en la Puerta Sur

Thalira y Morvanna defendieron la puerta sur con ferocidad. Flechas envenenadas y aceite hirviendo caían sobre los atacantes. Pero Morvanna lideró un contraataque brutal. Sus garras rasgaron gargantas y abrieron vientres. Thalira luchó como una diosa de la sangre, pero una lluvia de flechas la hirió gravemente. Ambas guerreras, junto con Vespera y las demás, fueron obligadas a retroceder hacia la Torre de las Mil Lunas.

La Destrucción Total

Una vez caídas las murallas, Elyndor se convirtió en un matadero.

Los soldados de Valthorak recorrieron las calles como demonios. Cortaban cabezas, abrían pechos, empalaban niños frente a sus madres. Las plazas se llenaron de pilas de cadáveres. Los templos fueron incendiados con sacerdotisas y sacerdotes dentro, sus gritos resonando mientras las llamas los consumían.

Lirael cabalgaba por las avenidas principales, decapitando a cualquiera que intentara huir. Seraphine lanzaba fuego negro que derretía la carne hasta el hueso. Elowen y Lysandra dirigían grupos que colgaban a los nobles de los balcones, dejando que se desangraran lentamente. Kael lideraba escuadrones de asesinos que entraban en las casas y mataban a familias enteras mientras dormían.

La sangre corría por las calles como ríos. El olor a carne quemada y muerte era tan denso que costaba respirar. Los gritos de miles de personas llenaban el aire, mezclados con el rugido triunfal del ejército de Valthorak.

En lo alto de la Torre de las Mil Lunas, Vespera y sus cinco guerreras observaban horrorizadas.

Vespera estaba de pie en el balcón más alto, con el rostro pálido. A su lado, Seraphyx tenía el hombro sangrando, Nyra apretaba los dientes con rabia, Thalira sangraba profusamente por varias heridas, Elyra temblaba y Morvanna apretaba sus garras con furia impotente.

—Está destruyendo todo… —susurró Vespera con voz rota—. No podemos detenerlo…

Las seis mujeres se miraron. Por primera vez, el miedo verdadero apareció en sus ojos.

—Al interior de la torre —ordenó Vespera—. Sellad todas las entradas. Nos atrincheraremos en la Cámara del Corazón. Es el lugar más protegido.

Corrieron hacia las profundidades de la torre, cerrando puertas mágicas, sellando pasadizos y activando las últimas barreras de protección. Desde las ventanas altas, veían cómo su hermoso reino era reducido a ruinas y cenizas.

Abajo, Valthorak avanzaba hacia la torre montado en su caballo, rodeado de miles de soldados victoriosos. El suelo estaba cubierto de cadáveres. El fuego consumía los templos. La sangre corría por las alcantarillas.

Elyndor, el orgulloso Reino de las Sombras Veladas, ya no existía.

Solo quedaba la Torre de las Mil Lunas… y dentro de ella, seis mujeres aterrorizadas que sabían que el Lobo venía por ellas.

Valthorak detuvo su caballo frente a la torre, levantó su espada ensangrentada y rugió con una voz que retumbó en todo el valle:

— ¡Elyndor es mío!

Las llamas seguían consumiendo la ciudad. Los gritos se apagaban lentamente. Solo quedaba el sonido del fuego y el viento cargado de muerte.

La destrucción había sido absoluta.

Capítulo 11: La Voz del Lobo

La Torre de las Mil Lunas estaba en silencio, salvo por el crepitar lejano de los incendios que aún consumían la ciudad. En la Cámara del Corazón, la habitación más protegida y alta de la torre, seis mujeres se refugiaban detrás de una gruesa puerta de obsidiana reforzada con magia antigua.

Vespera estaba de rodillas en el centro, con la espalda contra la puerta. Su rostro estaba pálido, surcado de lágrimas. A su alrededor, Seraphyx, Nyra, Thalira, Elyra y Morvanna permanecían en silencio, heridas, exhaustas y aterrorizadas.

Fuera, pasos pesados resonaron en el pasillo.

Entonces, una voz profunda, ronca y cargada de crueldad habló desde el otro lado de la puerta:

—Vespera…

Era él. El Lobo.

Vespera cerró los ojos con fuerza, temblando.

—Sé que estás ahí, bruja —continuó Valthorak con calma aterradora—. Puedo oler tu miedo a través de la puerta. Huele dulce… como tu coño cuando te masturbabas pensando en mí.

Vespera apretó los dientes, pero no respondió.

—He destruido tu reino —siguió Valthorak—. Tus templos arden. Tus sacerdotisas cuelgan de las murallas con las tripas fuera. Tus calles son ríos de sangre. Y todo eso… lo hice pensando en ti.

Hubo un largo silencio.

—Ahora dime, Pitonisa… ¿valió la pena? ¿Valió la pena provocarme? ¿Valió la pena enviarme ese velo empapado en tu olor como si fueras una puta barata?

Vespera sollozó, pero intentó mantener la voz firme:

—Vete al infierno, monstruo.

Valthorak soltó una risa baja y oscura que heló la sangre de todas.

—Oh, mi querida Vespera… el infierno ya está aquí. Y está justo al otro lado de esta puerta. ¿Sabes lo que voy a hacer contigo cuando entre?

Se acercó más. Su voz se volvió un susurro íntimo, casi seductor:

—Primero voy a desnudarte delante de todas tus guerreras. Voy a hacer que te arrodilles y me chupes la verga mientras ellas miran. Después te voy a follar sobre el altar de tu propia torre, mientras Lirael te corta lentamente los pezones. Voy a llenarte el coño y el ano hasta que reboses de mi semen… y luego dejaré que mis hombres te usen. Uno tras otro. Días enteros.

Vespera empezó a respirar agitadamente. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Después —continuó Valthorak—, te voy a dar a Lirael. Ella quiere cortarte los labios del coño y obligarte a comértelos. Quiere verte suplicar mientras te folla con un consolador lleno de espinas. Y cuando ya no puedas más… cuando estés rota, sangrando y llena de semen… te

obligaré a ver cómo destrozo a tus cinco putas una por una.

Nyra apretó los puños. Thalira temblaba. Morvanna tenía las garras extendidas, pero todas sabían que no podían hacer nada.

Vespera rompió en llanto.

—Por favor… —sollozó, con la voz quebrada—. Por favor… no les hagas daño… ellas solo me siguieron… por favor…

Valthorak sonrió al otro lado de la puerta.

—Suplícame, bruja. Suplícame como la puta que eres.

Vespera se derrumbó completamente. Apoyó la frente contra la puerta y lloró sin control.

—Piedad… te suplico piedad… haré lo que quieras… solo no las mates… por favor… por favor…

Sus guerreras la miraban horrorizadas. Nunca habían visto a su Pitonisa rota de esa forma.

Valthorak guardó silencio un momento, disfrutando cada sollozo.

—Buena chica —dijo finalmente—. Ahora abre la puerta.

Vespera temblaba tanto que apenas podía moverse.

—No… —susurró.

—Ábrela —repitió Valthorak, ahora con tono amenazante—. O entraré rompiéndolo todo… y seré mucho menos amable.

Con manos temblorosas, Vespera desactivó los sellos mágicos. La enorme puerta de obsidiana se abrió lentamente con un sonido grave.

Valthorak entró primero, imponente, cubierto de sangre y con una sonrisa triunfal. Detrás de él entraron Lirael (con los ojos brillantes de sadismo), Seraphine, Lysandra, Elowen y Kael.

Valthorak se detuvo frente a Vespera, que seguía de rodillas llorando. La miró desde arriba como un dios cruel.

—Bienvenida a tu nuevo mundo, Pitonisa.

Lirael se acercó y agarró a Vespera por el cabello con fuerza brutal.

—Ahora sí… —susurró Lirael con voz dulce y venenosa—. Vamos a divertirnos mucho contigo.

Valthorak hizo un gesto con la mano.

—Atadlas a todas. Son nuestras prisioneras.

Los soldados entraron en la cámara y sujetaron a Seraphyx, Nyra, Thalira, Elyra y Morvanna, que fueron arrastradas sin resistencia, exhaustas y aterrorizadas.

Vespera miró a Valthorak entre lágrimas, completamente quebrada.

—Te lo suplico… —murmuró una última vez.

Valthorak se inclinó, tomó su barbilla con una mano enorme y sonrió con sus dientes de lobo.

—Demasiado tarde, bruja.

La Torre de las Mil Lunas, último bastión de Elyndor, había caído.

Y con ella, sus defensoras.

Capítulo 12: El Ritual de la Muerte Eterna

Después de la completa destrucción de Elyndor, Valthorak no se quedó a celebrar entre las ruinas. Ordenó que Vespera y sus cinco guerreras fueran encadenadas, amordazadas y cargadas en carros especiales reforzados con runas de contención. El viaje de regreso a Karavoth duró seis días, durante los cuales las prisioneras fueron alimentadas lo justo para mantenerlas con vida, pero humilladas constantemente.

Cuando finalmente llegaron a la capital del imperio, la ciudad entera salió a recibir a su Rey con vítores y gritos de victoria. Las calles estaban adornadas con cabezas cortadas de nobles de Elyndor clavadas en picas.

Valthorak llevó a las seis prisioneras directamente al Templo Negro de Karavoth, un lugar antiguo construido sobre una grieta que se decía llegaba hasta el corazón del mundo. Allí, en las profundidades subterráneas, se prepararía el ritual para matar a una Pitonisa Suprema sin que

sus poderes, maldiciones o alma vengativa recayeran sobre el reino.

La Cámara de la Muerte Eterna era una sala circular enorme, excavada en obsidiana pura. En el centro había un altar triangular de piedra negra, rodeado por nueve pilares tallados con runas de contención. El techo estaba abierto hacia un pozo que conectaba directamente con el cielo, permitiendo que la luna y las estrellas observaran el sacrificio.

Valthorak, Lirael, Seraphine, Lysandra, Elowen y Kael estaban presentes, junto con doce chamanes oscuros y sacerdotes de la sangre.

El Ritual comenzó al amanecer del séptimo día.

Primero, desnudaron completamente a Vespera y la ataron al altar triangular en una posición humillante: de espaldas, con las piernas abiertas al máximo y los brazos estirados hacia arriba. Runas de contención fueron tatuadas con sangre caliente en su frente, garganta, pechos, vientre,

coño y plantas de los pies. Cada runa ardía al ser grabada, haciendo que Vespera gritara de dolor mientras su magia era sellada.

Lirael se encargó personalmente de tatuar las runas en sus pechos y coño, cortando lentamente la piel con una daga bendecida para que la sangre fluyera y sellara el hechizo.

—Esto impedirá que tu poder escape cuando mueras —susurró Lirael con placer sádico—. Tu magia morirá contigo, bruja.

Luego, los chamanes colocaron nueve espejos negros alrededor del altar, orientados para reflejar cualquier maldición de vuelta hacia Vespera. En cada espejo se grabó el nombre verdadero de la Pitonisa, robado mediante tortura mágica.

Seraphine y Elowen trajeron nueve vírgenes capturadas de Elyndor. Una por una fueron degolladas sobre Vespera, dejando que su sangre caliente cayera directamente sobre el cuerpo desnudo de la Pitonisa. La sangre de inocentes

servía para neutralizar la conexión de Vespera con la Luna Roja y las fuerzas ancestrales.

Vespera lloraba en silencio, con el cuerpo cubierto de sangre ajena.

Kael y Lysandra se encargaron de la parte final de la contención: insertaron nueve clavos de hierro negro encantado en puntos específicos del cuerpo de Vespera (muñecas, tobillos, hombros, caderas y uno justo encima de su coño). Cada clavo llevaba una runa que impedía que su alma pudiera salir o lanzar una maldición final.

Finalmente, Valthorak se acercó al altar.

Tomó una daga ceremonial hecha con el hueso de un dios olvidado y la levantó hacia la abertura del techo, donde la luna llena brillaba.

—Esta noche —dijo con voz potente—, matamos a una Pitonisa Suprema. Que su poder no regrese jamás. Que su maldición muera con ella. Que su alma sea devorada por la oscuridad eterna.

Vespera miró a Valthorak con ojos llenos de terror y odio.

—Aunque me mates… —susurró con voz rota—, mi sombra te perseguirá…

Valthorak sonrió con frialdad y bajó la daga lentamente hacia su corazón.

—No lo hará.

El ritual estaba completo.

Todo estaba listo para el sacrificio final.

Capítulo 13: El Ritual de la Purificación

En las profundidades del Templo Negro de Karavoth, la Cámara de la Muerte Eterna estaba lista. Vespera yacía atada al altar triangular, desnuda, cubierta de runas ardientes y sangre seca, con los ojos llenos de terror y resignación.

Antes de matarla, Valthorak necesitaba romper completamente los hechizos que Vespera había lanzado sobre sus cinco guerreras favoritas. Cada una de ellas llevaba una maldición sutil: lealtad forzada, placer doloroso, obediencia mágica o dependencia emocional. Para purificarlas, Valthorak iba a llenarlas de su semen mediante rituales específicos, usando su semilla como ancla para expulsar la magia de Vespera.

Las cinco guerreras estaban de rodillas alrededor del altar, desnudas y encadenadas, esperando su turno.

Valthorak se acercó, imponente y desnudo, con su verga monstruosa completamente erecta.

—Empecemos —dijo con voz grave.

Seraphyx, la Llamarada

Seraphyx fue la primera en ser purificada.

La guerrera de cabello rojo fuego fue arrastrada hasta un bloque de piedra negra caliente, colocado justo al lado del altar donde Vespera yacía atada. La obligaron a tumbarse de espaldas, con las piernas abiertas al máximo mediante cadenas que le sujetaban los tobillos y los muslos. Sus grandes pechos subían y bajaban con respiración agitada, sus pezones duros y enrojecidos por la excitación y el miedo.

Valthorak se acercó lentamente, su verga monstruosa completamente erecta, gruesa, venosa y goteando abundante líquido preseminal. Se colocó entre las piernas abiertas de Seraphyx y, sin decir una palabra, presionó su enorme glande contra la entrada de su coño.

—Tu fuego interior era de ella —gruñó con voz profunda—. Ahora será mío.

Empujó con fuerza brutal y la penetró de un solo golpe hasta el fondo. Seraphyx soltó un grito largo y gutural cuando su coño fue abierto por completo. La verga del Rey la estiraba al límite, llenándola por entero. Valthorak comenzó a follarla con embestidas salvajes y profundas, sacando casi toda su longitud solo para clavarla de nuevo con violencia.

— ¡Aaaahhh! ¡Mi Rey! —gritaba Seraphyx, arqueando la espalda—. ¡Más fuerte! ¡Rómpeme el coño!

Sus tetas rebotaban con cada embestida. Valthorak las agarró con sus manos enormes, apretándolas con fuerza mientras la follaba sin misericordia. El sonido húmedo y obsceno de su verga entrando y saliendo del coño empapado de Seraphyx resonaba en toda la cámara.

Después de varios minutos de follársela con furia, Valthorak sacó su verga brillante de fluidos y la giró bruscamente. Le separó las nalgas con las manos y presionó su glande hinchado contra su ano.

—Ahora tu culo también será mío —dijo antes de empujar con fuerza bruta.

Seraphyx aulló de placer y dolor cuando la enorme verga le abrió el ano sin piedad. Valthorak la sodomizó con embestidas largas y poderosas, clavándola hasta el fondo mientras sus huevos pesados golpeaban contra su coño chorreante.

— ¡Sí! ¡Fóllame el culo, mi Rey! ¡Llename! — suplicaba Seraphyx, empujando hacia atrás para recibirlo más profundo.

Valthorak la folló con salvajismo animal durante largos minutos, cambiando de ritmo: primero lento y profundo, luego rápido y brutal. Finalmente, con un rugido gutural, se corrió dentro de su ano. Chorros potentes, calientes y espesos inundaron sus entrañas, llenándola hasta rebosar. Cuando sacó la verga, un torrente de semen blanco y espeso salió a borbotones de su ano abierto, chorreando por su coño y sus muslos.

Sin darle descanso, Valthorak volvió a penetrarla por el coño y se corrió por segunda vez, inundando su útero con más semen caliente. Seraphyx se convulsionó en un orgasmo violento, expulsando chorros de líquido que salpicaron el altar mientras el semen del Rey quemaba y expulsaba la magia de Vespera de su interior.

Cuando terminó, Seraphyx quedó temblando sobre la piedra, con el coño y el ano completamente abiertos, rojos e hinchados, chorreando abundante semen que formaba un charco debajo de ella. Sus ojos habían perdido el brillo forzado de la maldición y ahora solo reflejaban devoción absoluta hacia su Rey.

—Gracias… mi Rey… —susurró con voz rota de placer—. Ahora soy completamente tuya.

Valthorak sonrió con satisfacción y miró a Vespera, que observaba todo con horror y lágrimas en los ojos.

—Una menos —dijo con voz fría—. Siguiente.

Nyra, la Sombra

Nyra, la Sombra, fue la segunda en ser purificada.

La guerrera de piel pálida y cabello negro corto fue arrastrada hasta el centro de la cámara. Su cuerpo era una tentación letal: delgada pero con curvas peligrosas, pechos medianos firmes con pezones rosados claros, cintura estrecha y caderas anchas. Entre sus muslos suaves y tonificados colgaba su hermosa verga, ya semierecta por la tensión del momento, gruesa, venosa y con un glande grande y rosado que brillaba ligeramente.

Valthorak la miró con deseo y autoridad. Ordenó que la pusieran de rodillas frente a él, con las manos atadas a la espalda y una cadena alrededor del cuello.

—Tu sombra y tu oscuridad eran controladas por ella —dijo Valthorak con voz grave—. Hoy vas a tragarte mi semilla hasta que esa influencia desaparezca por completo de tu cuerpo.

Nyra levantó la mirada, sus ojos grises plateados brillando con una mezcla de miedo y excitación.

—Sí, mi Rey… —susurró.

Valthorak agarró su verga monstruosa con una mano y la golpeó varias veces contra las mejillas y labios de Nyra, dejando rastros brillantes de líquido preseminal. Luego le abrió la boca y se la metió hasta el fondo de la garganta de un solo movimiento.

Nyra se ahogó violentamente, los ojos se le llenaron de lágrimas mientras la enorme verga le reventaba la garganta. Valthorak la sujetó por la cabeza con ambas manos y empezó a follarle la boca con embestidas profundas y brutales. Su verga entraba y salía completamente, golpeando el fondo de su garganta con cada empujón. La saliva de Nyra caía en hilos gruesos sobre sus pechos y el suelo.

—Chupa más fuerte —ordenó Valthorak—. Quiero sentir cómo tu garganta se aprieta alrededor de mí.

Nyra obedeció, succionando con desesperación mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Valthorak follaba su boca sin piedad durante varios minutos, hasta que sus huevos se tensaron. Con un gruñido animal, se corrió directamente en su garganta. Chorros potentes y espesos de semen caliente inundaron su estómago. Nyra tragaba todo lo que podía, pero era tanto que parte del semen le salía por la nariz y las comisuras de los labios.

Cuando Valthorak sacó su verga, todavía dura y brillante, Nyra tosía y jadeaba, con hilos de semen colgando de su barbilla.

—No hemos terminado —dijo Valthorak.

La levantó, la puso contra uno de los pilares de obsidiana y le separó las nalgas. Presionó su glande hinchado contra su ano y empujó con fuerza bruta, penetrándola hasta el fondo de un solo golpe. Nyra soltó un grito desgarrador de placer y dolor mientras su ano era abierto por completo.

Valthorak la sodomizó con embestidas salvajes y profundas, sus caderas chocando contra su culo con sonidos fuertes y húmedos. Agarraba su cabello corto con una mano y le tiraba la cabeza hacia atrás mientras la follaba sin misericordia.

—Tu oscuridad era de ella —gruñó contra su oído—. Ahora vas a llenarte de mi leche hasta que solo quede mi marca dentro de ti.

Nyra gemía como una posesa, empujando su culo hacia atrás para recibir cada embestida. Su propia verga estaba completamente dura y goteando, balanceándose con cada golpe.

Valthorak la folló durante largos minutos en esa posición, luego la giró, la levantó en el aire y la penetró por el coño mientras la sostenía. Nyra envolvió sus piernas alrededor de la cintura del Rey, gritando de placer mientras él la empalaba una y otra vez.

— ¡Más! ¡Llename, mi Rey! —suplicaba Nyra.

Valthorak aceleró, follándola con furia brutal. Finalmente, con un rugido poderoso, se corrió

dentro de su coño, inundándola con chorros calientes y abundantes de semen. Sacó su verga y volvió a penetrarla por el ano, corriéndose por segunda vez dentro de sus entrañas.

Nyra se convulsionó con fuerza. Su propio orgasmo llegó con violencia: su verga palpitó y expulsó chorros largos y potentes de semen que salpicaron el pecho y el abdomen de Valthorak. Al mismo tiempo, su ano y coño se contrajeron alrededor de la verga del Rey, ordeñándola mientras la magia de Vespera era quemada y expulsada de su cuerpo.

Cuando terminó, Nyra quedó colgando de las cadenas, temblando violentamente, con el coño y el ano completamente abiertos, rojos e hinchados, chorreando abundante semen que caía al suelo formando un charco espeso.

Sus ojos grises habían recuperado su brillo natural, libre de cualquier influencia anterior.

—Gracias, mi Rey… —susurró con voz ronca y satisfecha—. Ahora soy completamente tuya.

Valthorak acarició su mejilla con una mano grande, mirando satisfecho cómo su semen seguía chorreando de los agujeros de Nyra.

—Dos menos —dijo con una sonrisa oscura, volviéndose hacia Vespera, que observaba todo con lágrimas de horror y desesperación.

—Siguiente.

Thalira, la Sangre

Thalira, la Sangre, fue la tercera en ser purificada.

La imponente guerrera de piel morena oscura fue llevada al centro de la cámara. Medía casi un metro ochenta y cinco de pura fuerza femenina. Su cuerpo era masivo y voluptuoso: hombros anchos, brazos musculosos llenos de cicatrices de batalla, pechos enormes y pesados que caían ligeramente con areolas muy grandes y oscuras, y pezones gruesos y protuberantes. Su abdomen era fuerte, marcado por músculos bajo una suave capa de carne femenina. Sus caderas eran anchísimas y su culo era masivo, carnoso, con

nalgas gruesas, pesadas y temblorosas que se separaban revelando un ano grande y oscuro.

Entre sus muslos poderosos y gruesos se encontraba su coño legendario: labios mayores gruesos y de tono morado oscuro, labios internos largos y colgantes de un rojo intenso. Y por encima de todo, destacando con orgullo obsceno, su clítoris extraordinariamente grande. Medía casi cuatro centímetros cuando estaba completamente hinchado, grueso como el dedo pulgar de un hombre, con forma similar a un pequeño pene. En ese momento ya estaba inflamado, rojo oscuro y palpitante, goteando constantemente de excitación.

Thalira fue colocada de espaldas sobre una piedra inclinada, con las piernas levantadas y abiertas al máximo, sujetas por cadenas. Su enorme coño y su clítoris prominente quedaban completamente expuestos.

Valthorak se acercó, su verga monstruosa dura como el hierro. Se arrodilló entre sus muslos y frotó el glande hinchado contra el enorme

clítoris de Thalira, haciendo que la guerrera se estremeciera y gimiera.

—Tu sangre y tu placer eran controlados por ella —dijo Valthorak con voz grave—. Hoy voy a llenarte hasta que solo quede mi semilla dentro de ti.

Sin más preámbulos, empujó su verga gruesa contra la entrada de su coño y la penetró de un solo golpe brutal hasta el fondo. Thalira soltó un rugido de placer cuando su coño fue abierto por completo. Valthorak comenzó a follársela con embestidas largas y poderosas, haciendo que sus enormes tetas rebotaran violentamente con cada golpe.

— ¡Sí! ¡Más fuerte, mi Rey! —gritaba Thalira, empujando sus caderas hacia arriba para recibirlo más profundo—. ¡Rómpeme el coño!

Valthorak la follaba con furia animal, clavando su verga hasta el fondo mientras su enorme clítoris se frotaba contra su pelvis con cada embestida. El clítoris de Thalira estaba tan hinchado que

parecía palpitar. Valthorak lo agarró con dos dedos y empezó a masturbarlo mientras la penetraba.

Thalira se volvió loca de placer. Su cuerpo se arqueaba, sus muslos temblaban. Valthorak aceleró, follándola cada vez más rápido y duro, tirando de su clítoris y pellizcándolo.

De pronto, Thalira explotó en un orgasmo brutal. Su coño se contrajo con fuerza alrededor de la verga del Rey y expulsó un chorro potente y largo de líquido que salpicó el abdomen y el pecho de Valthorak. Chorros continuos salían a presión mientras ella gritaba y se convulsionaba.

Valthorak no se detuvo. Siguió follándola sin piedad hasta que se corrió con un rugido dentro de su coño, inundando su útero con chorros espesos y calientes de semen. Sacó su verga y, sin darle respiro, le levantó más las piernas y le penetró el ano de un solo empujón salvaje.

Thalira aulló de placer cuando su ano fue abierto por la enorme verga. Valthorak la sodomizó con

embestidas profundas y brutales, sus huevos pesados golpeando contra su coño chorreante de semen y fluidos.

— ¡Llename el culo también! ¡Quiero sentir tu leche caliente dentro de mí! —suplicaba Thalira entre gemidos.

Valthorak la folló por el ano durante largos minutos, cambiando de ritmo: primero lento y profundo, luego rápido y violento. Finalmente se corrió por segunda vez, llenando sus entrañas con más semen espeso. Cuando sacó su verga, ambos agujeros de Thalira estaban completamente abiertos, rojos e hinchados, chorreando abundante semen que formaba un gran charco debajo de ella.

Thalira temblaba violentamente, todavía corriéndose en oleadas más pequeñas. Su enorme clítoris palpitaba con fuerza, rojo oscuro y brillante.

Valthorak lo agarró una última vez, lo masturbó con fuerza y Thalira eyaculó de nuevo,

expulsando chorros potentes de líquido que salpicaron el altar y el cuerpo del Rey.

Cuando el ritual terminó, Thalira quedó tumbada, jadeando, con la mirada perdida y el cuerpo completamente purificado. La maldición de Vespera había sido quemada por completo por el semen y el placer del Rey.

—Gracias… mi Rey… —susurró con voz rota—. Ahora solo vivo para tu verga y tu voluntad.

Valthorak miró satisfecho el cuerpo destrozado y lleno de semen de Thalira, luego dirigió su mirada hacia Vespera, que observaba todo con lágrimas de puro terror.

—Tres menos —dijo con una sonrisa oscura y cruel—. Siguiente.

Elyra, la Susurro

Elyra, la Susurro, fue la cuarta en ser purificada.

La guerrera de cabello plateado y piel casi blanca fue llevada al centro de la cámara. Su cuerpo era esbelto pero cargado de curvas letales. Medía un

metro setenta, con piel pálida como la leche, suave y perfecta. Su cabello plateado caía como una cascada brillante hasta la mitad de sus muslos. Sus ojos violetas profundos brillaban con una mezcla de miedo y deseo. Sus labios carnosos y rosados temblaban ligeramente.

Sus pechos eran medianos y puntiagudos, con pezones largos, sensibles y de un rosa pálido que ya estaban completamente erectos. Su cintura era extremadamente estrecha, creando una silueta imposible y delicada. Sus caderas eran suaves y anchas, su culo pequeño, redondo y firme, con nalgas suaves y bien separadas que terminaban en un ano pequeño y rosado. Entre sus muslos, su coño era delicado y hermoso: labios mayores finos y suaves, labios internos alargados de un rosa intenso, y un clítoris prominente que ya estaba hinchado y palpitante.

Elyra fue colocada de pie contra uno de los pilares de obsidiana, con los brazos levantados y sujetos por cadenas por encima de su cabeza. Sus piernas fueron abiertas al máximo y atadas a

argollas en el suelo, dejando su coño y ano completamente expuestos.

Valthorak se acercó lentamente, su verga monstruosa dura y palpitante. Se detuvo frente a ella, tomó su verga con una mano y frotó el glande hinchado contra el coño empapado de Elyra, deslizándolo entre sus labios internos.

—Tu voz era su arma más peligrosa —dijo Valthorak con voz grave y profunda—. Hoy voy a llenarte hasta que esa voz solo pueda susurrar mi nombre.

Sin aviso, empujó su verga gruesa y la penetró por el coño de un solo golpe brutal hasta el fondo. Elyra soltó un gemido largo y musical cuando su interior fue abierto por completo. Valthorak comenzó a follársela con embestidas largas, profundas y poderosas, levantándola ligeramente con cada golpe mientras sus pechos puntiagudos rebotaban.

— ¡Mi Rey…! ¡Qué grande eres…! —gemía Elyra, con la voz temblorosa de placer—. ¡Más profundo… rómpeme por dentro!

Valthorak la follaba sin piedad, clavando su verga hasta el fondo, haciendo que sus huevos pesados golpearan contra su coño. Agarró sus pechos con fuerza, pellizcando y tirando de sus pezones largos mientras aceleraba el ritmo.

Después de varios minutos de penetrarla con furia, sacó su verga brillante y la giró, presionándola contra el pilar. Le separó las nalgas y empujó su glande contra su ano. Con un movimiento lento pero implacable, la penetró por el ano hasta enterrarse completamente. Elyra gritó de placer y dolor, arqueando la espalda mientras su ano era abierto al límite.

Valthorak la sodomizó con embestidas profundas y brutales, sujetándola por las caderas y clavándola contra el pilar. Su verga entraba y salía por completo, dejando su ano cada vez más abierto y rojo.

—Tu voz encantaba a los hombres —gruñó contra su oído—. Ahora solo vas a gemir mi nombre mientras te lleno.

Elyra gemía sin control, empujando su culo hacia atrás para recibir cada embestida. Valthorak la folló por el ano durante largos minutos, cambiando de ritmo: primero lento y profundo, luego rápido y salvaje. Finalmente, con un rugido poderoso, se corrió dentro de sus entrañas, inundándola con chorros calientes y espesos de semen.

Sacó su verga y volvió a penetrarla por el coño, follándola con renovada fuerza hasta correrse por segunda vez dentro de su útero. Elyra se convulsionó en un orgasmo intenso, expulsando chorros potentes de líquido que salpicaron el suelo y los muslos de Valthorak.

Cuando el ritual terminó, Elyra quedó colgando de las cadenas, temblando violentamente. Su coño y ano estaban completamente abiertos, rojos e hinchados, chorreando abundante semen que caía al suelo formando charcos espesos. Su voz, antes

cargada de la magia de Vespera, ahora solo podía gemir el nombre de su Rey con devoción absoluta.

—Gracias… mi Rey… —susurró con voz ronca y rota—. Ahora mi voz… solo te pertenece a ti.

Valthorak acarició su mejilla con una mano grande, mirando satisfecho cómo su semen seguía chorreando de ambos agujeros de Elyra.

—Cuatro menos —dijo con una sonrisa oscura y cruel, volviéndose hacia Vespera, que observaba todo con lágrimas de puro terror y desesperación.

—Siguiente.

Morvanna, la Garra

Morvanna, la Garra, fue la última en ser purificada.

La guerrera más salvaje y animal de todas fue arrastrada al centro de la cámara. Medía un metro setenta y ocho de pura fuerza salvaje. Su piel bronceada estaba marcada por numerosas cicatrices de batalla que cruzaban sus hombros,

abdomen y muslos como trofeos de guerra. Su cabello castaño oscuro era corto y desordenado, con mechones que caían sobre su rostro angular y feroz. Sus ojos ámbar brillaban con una intensidad casi animal.

Su cuerpo era musculoso y voluptuoso al mismo tiempo. Hombros anchos, brazos fuertes y venosos, pechos medianos-grandes, firmes y altos con areolas oscuras y pezones gruesos que ya estaban completamente erectos. Su abdomen estaba marcado por músculos definidos, con varias cicatrices blancas cruzándolo. Sus caderas eran anchas y poderosas, y su culo era grande, redondo y extremadamente firme, con nalgas musculosas y duras como piedra que se tensaban con cada movimiento.

Entre sus muslos gruesos y poderosos, su coño era grande y carnoso: labios mayores gruesos y oscuros, labios internos largos y colgantes de un rojo intenso, y un clítoris grande y prominente que ya estaba hinchado y palpitante. Su ano era

oscuro, experimentado y ligeramente abierto por la excitación del momento.

Morvanna fue colocada a cuatro patas sobre el altar, justo al lado de Vespera. Le ataron las muñecas y los tobillos con cadenas cortas, obligándola a mantener el culo levantado y completamente expuesto. Su coño y ano quedaban abiertos y ofrecidos al Rey.

Valthorak se acercó por detrás, su verga monstruosa dura, gruesa y venosa. Frotó el glande hinchado contra el coño empapado de Morvanna, deslizándolo entre sus labios gruesos.

—Tus garras y tu furia eran guiadas por ella — dijo Valthorak con voz profunda y dominante—. Hoy voy a llenarte hasta que solo quede mi marca dentro de tu cuerpo.

Sin piedad, empujó su verga gruesa y la penetró por el coño de un solo golpe brutal hasta el fondo. Morvanna soltó un rugido salvaje cuando su interior fue abierto por completo. Valthorak comenzó a follársela con embestidas poderosas y

profundas, sus caderas chocando contra su culo firme con sonidos fuertes y húmedos.

— ¡Sí! ¡Más fuerte, mi Rey! —rugía Morvanna, empujando su culo hacia atrás con fuerza—. ¡Rómpeme! ¡Destrózame el coño!

Valthorak la follaba como un animal, clavando su verga hasta el fondo con cada embestida. Agarraba sus nalgas musculosas con las manos y las separaba para penetrarla aún más profundo. El coño de Morvanna chorreaba abundantemente, sus jugos corrían por sus muslos y por la verga del Rey.

Después de varios minutos de follársela con furia, Valthorak sacó su verga brillante y la presionó contra su ano. Empujó con fuerza bruta y la penetró por el ano hasta enterrarse completamente. Morvanna aulló de placer y dolor mientras su ano era abierto al límite por la enorme verga.

Valthorak la sodomizó sin misericordia, follándola con embestidas largas, profundas y violentas.

Sus huevos pesados golpeaban contra su coño chorreante con cada golpe. Morvanna empujaba hacia atrás como una bestia en celo, pidiendo más con cada rugido.

— ¡Lléname el culo, mi Rey! ¡Quiero sentir tu leche caliente dentro de mí! —gritaba Morvanna, con la voz ronca de placer.

Valthorak aceleró el ritmo, follándola con salvajismo animal. Finalmente, con un rugido poderoso, se corrió dentro de su ano, inundando sus entrañas con chorros calientes y espesos de semen. Sacó su verga y volvió a penetrarla por el coño, follándola con renovada fuerza hasta correrse por segunda vez, llenando su útero con más semen abundante.

Morvanna se convulsionó con violencia. Su coño se contrajo con fuerza y expulsó chorros potentes de líquido que salpicaron el altar y los muslos de Valthorak. Su propio orgasmo fue brutal, haciendo que todo su cuerpo temblara mientras el semen del Rey quemaba y expulsaba por completo la maldición de Vespera de su interior.

Cuando el ritual terminó, Morvanna quedó tumbada sobre el altar, jadeando y temblando. Su coño y ano estaban completamente abiertos, rojos, hinchados y chorreando abundante semen que formaba un gran charco debajo de ella. Sus ojos ámbar habían recuperado su brillo salvaje y natural, libres de cualquier influencia anterior.

—Gracias… mi Rey… —susurró con voz ronca y satisfecha—. Ahora mis garras solo desgarrarán para ti.

Valthorak miró satisfecho el cuerpo destrozado y lleno de semen de Morvanna. Luego se volvió lentamente hacia Vespera, que observaba todo con lágrimas de puro terror y desesperación en los ojos.

—Cinco menos —dijo con una sonrisa oscura y cruel.

Solo quedaba ella.

Vespera

Las cinco guerreras ya habían sido purificadas. Sus cuerpos yacían exhaustos alrededor del altar, cubiertos de semen, sudor y fluidos, con la mirada perdida y liberada de cualquier maldición anterior.

Solo quedaba Vespera.

La Pitonisa Suprema estaba atada al altar triangular, completamente desnuda, temblando de terror. Sus ojos negros, antes llenos de poder y arrogancia, ahora solo reflejaban miedo puro. Valthorak se acercó lentamente, su verga aún semierecta y goteando los restos de las purificaciones anteriores. En su mano derecha sostenía una daga ceremonial de hoja curva y afilada, hecha con hueso negro y runas grabadas.

Se detuvo frente a ella y la miró desde arriba con una sonrisa fría y triunfal.

—Has sido una enemiga digna, Vespera —dijo con voz baja y profunda—. Tu belleza, tu magia y tu orgullo casi lograron detenerme. Casi.

Vespera respiró agitadamente, con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Por favor… —suplicó con voz rota—. No me mates… haré lo que quieras… seré tu esclava… tu puta… lo que desees…

Valthorak soltó una risa baja y oscura.

—Demasiado tarde para eso. Tu poder es demasiado peligroso para dejarte viva. Pero antes de enviarte al olvido… voy a asegurarme de que nunca más puedas maldecir a nadie.

Se inclinó sobre ella, agarró su mandíbula con fuerza brutal y le abrió la boca. Vespera intentó resistirse, pero las cadenas la mantenían inmóvil. Valthorak metió dos dedos gruesos en su boca, sujetándole la lengua.

—Esta lengua ha susurrado hechizos, ha lanzado maldiciones y ha intentado dominar a mi imperio —dijo mirándola fijamente a los ojos—. Hoy se calla para siempre.

Con un movimiento preciso y despiadado, Valthorak cortó la lengua de Vespera de raíz.

El grito de dolor de la Pitonisa fue desgarrador. La sangre brotó a borbotones de su boca, salpicando el pecho y el rostro de Valthorak. Vespera se convulsionó violentamente entre las cadenas, ahogándose con su propia sangre mientras emitía sonidos guturales e inhumanos.

Valthorak levantó la lengua cortada frente a sus ojos, todavía palpitante, y la apretó en su puño hasta que la sangre corrió entre sus dedos.

—Con esto, tu magia muere contigo —dijo con voz fría y definitiva—. No podrás maldecirme. No podrás hechizar a mis hombres. No podrás susurrar ninguna última palabra de venganza. Solo te queda sangrar y sufrir.

Tiró la lengua cortada al suelo, donde fue pisoteada por uno de sus guardias.

Vespera sollozaba y se ahogaba, con la boca llena de sangre que le corría por el mentón y el cuello.

Sus ojos estaban desorbitados de dolor y terror absoluto.

Valthorak se inclinó cerca de su rostro, casi rozando sus labios ensangrentados, y susurró:

—Ahora sí… estás lista para morir, mi querida Pitonisa.

Levantó la daga ceremonial hacia la luna que se veía a través del techo abierto, listo para dar el golpe final.

Capítulo 14: El Sacrificio Final

En el centro de la Cámara de la Muerte Eterna, bajo la luz directa de la luna llena que entraba por el techo abierto, Valthorak se posicionó entre las piernas abiertas de Vespera. La Pitonisa yacía completamente desnuda y atada al altar triangular, con la boca llena de sangre por la lengua cortada. Sus ojos negros estaban desorbitados de terror absoluto.

Valthorak agarró su verga monstruosa, gruesa y venosa, y frotó el glande hinchado contra el coño empapado de Vespera. Sin decir una palabra, empujó con fuerza brutal y la penetró hasta el fondo de un solo golpe.

Vespera soltó un grito ahogado y gorgoteante, ahogándose con su propia sangre mientras su coño era abierto por completo. Valthorak empezó a follársela con embestidas largas, profundas y poderosas, clavando su verga hasta el fondo con cada movimiento.

—Siente esto, bruja —gruñó, follándola sin piedad—. Este es el último placer que vas a tener en tu vida.

Sus caderas chocaban con fuerza contra ella, haciendo que sus grandes pechos rebotaran violentamente. La sangre de su boca corría por su cuello y pechos, mezclándose con el sudor. Valthorak aceleró el ritmo, follándola con furia animal, mientras en su mano derecha sostenía la daga ceremonial de hoja curva y afilada.

Vespera gemía y se convulsionaba, una mezcla de dolor, terror y placer forzado. Sus paredes internas se contraían alrededor de la enorme verga del Rey.

Valthorak la miró fijamente a los ojos mientras seguía penetrándola sin descanso.

—Tu poder termina aquí —dijo con voz ronca—. Tu belleza, tu magia, tu orgullo… todo termina dentro de mí.

En el momento exacto en que sintió que su orgasmo se acercaba, Valthorak levantó la daga.

Agarró a Vespera por el cabello con la mano izquierda, tirando su cabeza hacia atrás, y con un movimiento preciso y brutal, le cortó la cabeza de un solo tajo limpio.

La cabeza de Vespera rodó por el altar, con los ojos aún abiertos en una expresión de shock absoluto. Su cuerpo decapitado se convulsionó violentamente alrededor de la verga de Valthorak. Su coño se contrajo con fuerza sobrenatural, ordeñando la verga del Rey mientras chorros de sangre salían a borbotones del cuello cortado.

Valthorak rugió como una bestia y se corrió con intensidad brutal dentro del coño aún palpitante del cadáver. Chorros potentes, calientes y espesos inundaron el útero de Vespera, llenándola hasta rebosar mientras su cuerpo sin cabeza seguía convulsionándose por los últimos reflejos nerviosos.

El semen del Rey salió a borbotones alrededor de su verga, mezclándose con la sangre que corría por el altar.

Valthorak permaneció dentro de ella unos segundos más, disfrutando de las últimas contracciones del cuerpo sin vida. Luego sacó su verga lentamente, brillante de semen y sangre, y dio un paso atrás.

La cabeza de Vespera yacía a un lado del altar, con los ojos abiertos y una expresión de horror eterno.

Valthorak levantó su espada ensangrentada hacia el cielo y rugió con voz que retumbó en toda la cámara y más allá:

—¡Escuchadme, pueblo de Karavoth! ¡Escuchadme, guerreros de mi imperio!

—Hoy hemos destruido el último reino que se atrevía a desafiarnos. Hoy hemos matado a la última Pitonisa que osaba amenazar mi trono. Su cabeza y su cuerpo son prueba de que nadie, ni hombre ni mujer, ni rey ni bruja, puede oponerse a mí.

—Que este sacrificio sea recordado por siempre. Que todos sepan que mi verga conquista, mi espada corta y mi semen marca lo que es mío.

—¡Yo soy Valthorak, el Lobo Devorador de Reinos! ¡Y este mundo entero… ya me pertenece!

Los gritos de victoria de sus guerreros y soldados resonaron fuera del templo, extendiéndose por toda la ciudad de Karavoth.

El reinado del Lobo era absoluto.

Y nadie más se atrevería a desafiarlo.

Epílogo

En las profundidades del palacio de Karavoth, meses después de la caída de Elyndor, las cinco guerreras que una vez sirvieron a Vespera ahora vivían entregadas por completo a su nuevo Rey.

En una gran sala circular iluminada por braseros rojos, las cinco yacían desnudas sobre un enorme lecho de pieles negras, entrelazadas en una orgía lenta y profunda. Sus cuerpos brillaban de sudor y fluidos, y el aire estaba cargado del olor intenso a sexo y placer.

Seraphyx, con su melena roja desordenada, estaba tumbada de espaldas mientras Nyra le devoraba el coño con hambre. Sus grandes tetas rebotaban cada vez que gemía. Thalira estaba a cuatro patas, siendo penetrada por detrás con un grueso consolador que manejaba Elyra, mientras Morvanna le mordía los pezones con fuerza.

—Oh, lector… —gimió Seraphyx entre jadeos, mirando directamente hacia ti mientras Nyra le succionaba el clítoris—. Gracias… gracias por

permitir que nuestro Rey nos rescatara. Antes estábamos perdidas, esclavas de una magia falsa. Ahora… ¡ahhh!… ahora soy libre. Libre para correrme como la puta que siempre debí ser.

Nyra levantó la cabeza, con los labios brillantes de los jugos de Seraphyx. Su hermosa verga estaba dura y goteando. Se colocó sobre Seraphyx y la penetró profundamente, follándola con embestidas lentas y poderosas.

—Gracias a ti, lector… —susurró Nyra con voz ronca, sin dejar de mover las caderas—. Gracias por dejar que el Rey nos liberara. Mi verga ahora solo late para él. Mira cómo me corro por él…

Nyra aceleró y se corrió con fuerza, llenando el coño de Seraphyx con chorros espesos y calientes de leche. Seraphyx gritó de placer y eyaculó a su vez, bañando la verga de Nyra con sus chorros.

Thalira, con su enorme clítoris hinchado y rojo, se giró y se sentó sobre el rostro de Elyra, frotando su coño contra su boca.

—Gracias, lector… —gruñó Thalira, moviendo las caderas con fuerza—. Gracias por permitir que el Rey nos salvara de esa bruja. Mi clítoris ahora solo palpita para él. ¡Mírame correrme!

Elyra le chupó el enorme clítoris con devoción, succionándolo con fuerza. Thalira rugió y eyaculó con violencia, inundando la cara de Elyra con chorros potentes y abundantes de líquido.

Morvanna, con sus garras extendidas, se acercó y se frotó contra el muslo de Thalira mientras se masturbaba con furia.

—Gracias, lector… —jadeó Morvanna, con la voz ronca de placer—. Gracias por dejar que nuestro Rey nos rescatara. Mis garras ahora solo rasgan para él. ¡Mírame… mírame cómo me corro por mi Rey!

Morvanna se corrió con un rugido salvaje, expulsando chorros de líquido que salpicaron los cuerpos de las demás.

Las cinco guerreras siguieron follando sin parar, cambiando de posiciones, lamiendo, penetrando y

chupando con hambre insaciable. Sus orgasmos se sucedían uno tras otro, llenando la sala de gemidos, gritos y fluidos.

Elyra, con la voz aún hipnótica pero ahora dedicada solo a su Rey, miró directamente hacia ti mientras cabalgaba la verga de Nyra:

—Gracias, lector… gracias por acompañarnos en esta historia. Gracias por permitir que nuestro Rey nos salvara y nos convirtiera en lo que realmente somos: sus putas leales, sus guerreras, sus esclavas del placer. Ahora solo existimos para servirle, para correrno s para él y para matar por él.

Todas las guerreras se unieron en un último orgasmo colectivo, gritando al unísono mientras sus cuerpos se convulsionaban y chorros de líquido y leche salpicaban el lecho.

— ¡Gracias, lector! —gritaron al mismo tiempo—. ¡Gracias por dejarnos pertenecer a Rey Valthorak!

Y así, bajo la luz de las antorchas y el recuerdo eterno de su Rey, las cinco guerreras continuaron follando, perdidas en un placer sin fin, agradecidas por siempre de haber sido rescatadas y convertidas en lo que ahora eran:

Las putas favoritas del Lobo.

Fin.

DOS IMPERIOS.
DOS DEPREDADORES.
UNA GUERRA ESCRITA CON SANGRE... Y DESEO.
En las sombras eternas de Elyndor, la poderosa Pitonisa Suprema Vespera domina un reino donde la magia, la seducción y la oscuridad se entrelazan en rituales prohibidos. Pero incluso ella, capaz de doblegar voluntades y ver fragmentos del futuro, jamás pudo ignorar la visión que comenzó a perseguirla noche tras noche:
UN REY BRUTAL.
UN CONQUISTADOR DESPIADADO.
UN HOMBRE DESTINADO A DESTRUIRLO TODO.
Desde las fortalezas sangrientas de Karavoth, el temido Rey Valthorak avanza dejando reinos reducidos a cenizas. Su nombre inspira terror. Su ejército no conoce la piedad. Y cuando recibe la provocación de la Pitonisa de Elyndor, nace una obsesión capaz de incendiar el mundo.
Lo que comienza como un desafío entre dos gobernantes pronto se convierte en algo mucho más peligroso: una conexión salvaje, oscura e inevitable que amenaza con consumirlos a ambos.
Mientras los ejércitos marchan, las profecías despiertan y la luna roja observa desde el cielo, Vespera y Valthorak descubrirán que algunas guerras no se luchan solo con espadas... sino con el alma, el cuerpo y los deseos más prohibidos.
PORQUE CUANDO EL REY LOBO Y LA PITONISA FINALMENTE SE ENCUENTREN, NO HABRÁ VENCEDORES.
SOLO FUEGO.
SOLO OBSESIÓN.
SOLO SANGRE DE CORONAS.